



Nº 6

Las Casas Blancas: apuntes sobre una tentativa de arquitectura nacional.

Roberto Fernández

Octubre de 1988

Las Casas Blancas.

Apuntes sobre una tentativa de arquitectura nacional

Roberto Fernández.

1 Introducción:

1. Escribir hoy sobre una experiencia de arquitectura argentina desarrollada entre 1955 y 1965, aproximadamente, supone reconocer en tales hechos una cierta historicidad constitutiva de nuestras problemáticas actuales, unas circunstancias cuyo conocimiento y análisis nos “produzca” teoría actual, emergentes conducentes a directivas precisas para la acción¹. Desde esa perspectiva, no todo lo pasado es cognoscitivamente prioritario, aunque casi siempre, dicho o no, se hace historia de aquello que permite hablar del presente y del futuro, y en ese sentido, se activan decisiones que comprometen formas de actuar en el presente. Recurrir así al examen de unos hechos de la historia de nuestra arquitectura y calificarlos de “tentativa de arquitectura nacional”, supone pues, dirigirnos con prioridad al análisis de los escasos procesos culturales y tecnológicos que, desde élites intelectuales locales, han intentado contribuir al fortalecimiento del pensamiento y las prácticas nacionales, bien que, en este caso, con notables contradicciones y quizás escasas aportaciones efectivas a dicho pensamiento y prácticas. Pero hay aquí, en las experiencias de las “Casas Blancas”, un núcleo experiencial desde el cual creemos constituir una actitud crítica de la “modernidad” cosmopolita y aunque esa actitud haya sido francamente reaccionaria², arranca de ella -al menos como posibilidad teórica- una postura todavía vigente que construya una dimensión propia de la cultura arquitectónica, arraigada en nuestra realidad latinoamericana.

2. Definido recién, el objetivo primario de este trabajo y su selección como oportunidad de tematizar las cuestiones de la arquitectura nacional, la estructura que proponemos implica desarrollar tres pasos:

a) Desarrollos: una exposición de los hechos que configuren varios desarrollos acaecidos en torno de nuestra problemática. Esta sección, mas bien descriptiva del “corpus” del trabajo, se propone recorrer

¹ Aludimos en este concepto, a las teorías sobre la “filosofía de la historia” desarrolladas por Angès Heller: “Teoría de la historia” ed. Fontamara, México, 2ª.ed. 1986. La edición original inglesa es de 1982.

² Usamos la palabra “reacción” que formara parte del título del célebre artículo de “presentación” del fenómeno de las CB: “La reacción antirracionalista en Argentina”, Zodiac 14, Milán, abril de 1965, página 147. Una versión remozada del artículo, de 1978, mantiene el término: “La reacción antirracionalista de las casas blancas”, en un volumen antológico preparado por Espacio Editor, Bs. As.

cuatro temáticas: el campo intelectual, la teoría (o más bien el examen de los textos directos o indirectos referentes a las CB, la práctica (o sea, algunas consideraciones explicativas sobre el conjunto de obras realizadas bajo una posible adscripción al “movimiento” de las CB) y la consideración de un conjunto abierto de experiencias latinoamericanas que tienen, a nuestro juicio, algunas concomitancias.

Esta sección ha sido denominada de esta forma (“desarrollos”) en tanto pensamos que admite variadas aperturas y profundizaciones, en cuanto a la incorporación de “hechos”, o sea, en suma, al enriquecimiento del “corpus”³.

b) Interpretaciones: esta sección supone un conjunto de reflexiones sobre los desarrollos referentes al ítem anterior, tendientes a organizar dos grandes conjuntos de relaciones entre los hechos: aquel que procura unas interpretaciones de su historicidad y aquel que inquiere sobre el marco subjetivo en que se desenvuelven los diversos “operadores”.

c) Críticas: este grupo de notas apunta a los aspectos de evaluación de la experiencia desde la perspectiva antedicha de su valoración, en tanto líneas de hechos relacionados con una teoría presente y futura, en tal sentido, nos proponemos aquí reflexionar sobre las contradicciones emergentes del examen de los hechos (contradicciones entre el campo intelectual y las teorías constitutivas de estas experiencias, contradicciones entre lo teorizado y lo practicado en las operaciones concretas), sobre las limitaciones del episodio histórico considerado (esto es señalar, de modo hipotético, los umbrales no trascendidos por los hechos) y, por último, las posibilidades resultantes de la experiencia histórica (esto es, su valor como operante en la formulación de un cauce teórico de acción en el campo de la cultura arquitectónica).

La estructura someramente explicitada en las tres etapas descritas de este trabajo, remite a la posibilidad de una profundización del mismo, en tanto ampliaciones de las investigaciones que hagan más completo los “desarrollos”, permitiendo así nuevas “interpretaciones” y “críticas”, en una

³ Estos enriquecimientos pueden ser generados por las técnicas de la “Historia oral”, cuyos procedimientos permiten acceder a un volumen de datos ajenos a los registros documentales ortodoxos. Entre los materiales metodológicos de interés, mencionamos:

- P. Thompson, “La historia oral y el historiador” artículo en la revista Debats 10, Valencia, p.52.
- R. Samuel, “Desprofesionalizar la historia”, idem anterior, p.57.
- P. Joutard, “El tratamiento del documento oral”, idem anterior, p.72.
- J. White, “Rothschild Building. Life in East End tenement block 1887-1920”, Ed. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1980.
- T. Hareven-R. Langenbach, “Amoskeag : Life and Work in an American Factory-City in New England” Ed. Fethuen, New York,-Boston, 1979.
- L. Passerini, “Torino operata e fascismo : una storia orale”. Ed.Laterza, Bari, 1984.
- G. Magrassi-F. Roca, “La historia de Vida” CEAL, Buenos Aires, 1980.
- J.L.Racedo, “Vida cotidiana en comunidades del norte argentino” Revista de Temas de Psicología Social, Buenos Aires, 4-85, p.87.

tarea que, si bien finita, podría dar curso a, variadas y mejores aproximadamente a la verdad histórica y a su consecuente estímulo para la acción.

II Desarrollos

3. El denominado “movimiento”⁴ o más modestamente, el episodio histórico-de las Casas Blancas” supone básicamente el reconocimiento de un hecho principal: la producción de un conjunto de obras, casi exclusivamente, viviendas unifamiliares suburbanas, realizadas en el área del Gran Buenos Aires, desde 1953 (o 1956, casa Urtizberea, arqs Caveri-Ellis⁵ hasta bien entrada la década del ‘60⁶: en rigor, una buena fecha para acotar el desarrollo histórico de la experiencia, en cuanto a conclusión de algunas acciones significativas y a su presentación cultural como hecho dado, es la provista por la oportunidad de la exposición “14 Casas Blancas” (donde el término aparece formalizado), desarrollada en 1965, en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires⁷. Desde el punto de vista de su presentación teórica, como movimiento o postura, bien podemos tomar como referencia, el artículo de R. Iglesia “La reacción antirracionalista en Argentina publicada en Zodiac14, 1965⁸. El “corpus” de presentación básica de las obras se encontrará en la serie de publicaciones de la revista Nuestra Arquitectura, que van desde la 403 a la 411, durante 1963, aunque habrá otras publicaciones⁹. Las menciones historiográficas serán más bien reducidas, dado lo escaso de los trabajos existentes, como los de Bullrich, Gutiérrez y Ortíz¹⁰. Algunos protagonistas como Caveri, dejaron ciertas referencias

⁴ Al principio, los textos publicados tienen bastante prudencia en el uso de la palabra “movimiento”: por ejemplo, el artículo “El resumen”, publicado bajo la firma de R. Iglesia en “Nuestra Arquitectura” 411, Febrero de 1964, que culmina la serie de 8 obras que publica en números sucesivos esa revista, usa la fórmula “expresiones concurrentes”; en el artículo de 1978, citado en 2, aparece ya el término “movimiento”. En el texto posiblemente de Iglesia, “Una casa blanca en Dolores”, NA 429, febrero de 1966, se dice: “actualmente las casas blancas han logrado ser reconocidas como un movimiento dentro de la arquitectura rioplatense actual. Un movimiento curiosamente libre donde se funden motivaciones dispares, a veces diametralmente opuestas, y circunstancias existenciales semejantes”.

⁵ Con respecto a la fecha de la casa Urtizberea existen referencias distintas: a) en C. Caveri, “los sistemas sociales a través de la arquitectura”, Ed. Comunidad Tierra, Bs. As. 1976, se consigna 1953. b) el mismo autor en “Ficción y realismo mágico en nuestra arquitectura” Ed. CP 67, 1987 cita en la página 42, el año 1954, c) en SUMMA 231, Bs. As. Noviembre de 1986 dedicado a “Las Casas Blancas”: el tiempo reencontrado”, se señala en la página 34, el año 1956.

⁶ El término o “final” de la experiencia es por cierto difícil de datar, por cuanto se dieron numerosas derivaciones temporales de los diversos hechos: sin embargo tendemos a situar tal fecha en torno de dos hechos: la exposición “14 Casas Blancas”, en 1965, y la intervención en la Universidad en 1966.

⁷ La exposición “La arquitectura argentina de hoy : 14 Casas Blancas” se desarrolló en el Museo de Arte Moderno, a partir del 7 de agosto de 1964, aparentemente debía ser la primera de una serie de exposiciones de arquitectura argentina.

⁸ Ref. nota 2.

⁹ Entre algunas de las publicaciones adicionales, además del número antológico de “SUMMA” (ref. nota 5) se pueden mencionar algunos artículos de NA 412 (marzo 1964 casas Somoza), 413 (4-54 casa de los arqs Yadarola-Díaz) 414 (5-64- casa Fernández), 416 (7-64 Unidad vecinal de San Antonio de Areco, proyecto de alumnos de l taller Ellis) 417 (8-64 pabellón de Capelli-Maldonado) 419 (10-64 casa Caro), 421, (12-64 casa Wright) etc.

¹⁰ Los trabajos que señalamos son: “Arquitectura argentina contemporánea”, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1963; F. Bullrich, artículo: “Arquitectura argentina, hoy”, SUMMA 1, Buenos Aires, abril 1963; F. Bullrich, artículo “Arquitectura argentina 1960-70” SUMMA 19, octubre 1969; F. Ortíz, artículo “Los argentinos y la arquitectura 1929-1977”, NA 500, Buenos Aires, 1977; R. Gutiérrez-F. Ortíz, “La arquitectura en la Argentina 1930-1970”, artículo en

de sus propios escritos¹¹. Muchos de los arquitectos involucrados en el fenómeno, actuaron como docentes en talleres de la entonces llamada “composición arquitectónica” (y en menor medida en “Visión”) de la FAU de Buenos Aires (destacándose las experiencias didácticas especialmente desarrolladas entre 1964 y 1966 por los arqs. Casares, Ellis, Berretta, Iglesias Molli, Pando, Llauro, Moro y otros) y en menor medida en cátedras de Historia de la Arquitectura (desde la que fue importante, el desarrollo de estudios de la arquitectura colonial del noroeste o la arquitectura de las estancias pampeanas y patagónicas) de Buenos Aires, También debería examinarse, como una investigación complementaria, cómo esta experiencia pedagógica, tuvo repercusiones y ramificaciones en otras sedes académicas, como las de La Plata, Tucumán y Mar del Plata, sedes en las que sabemos existieron ciertas experiencias convergentes.

El apogeo temporal de los sucesos vinculados al desarrollo de las CB, puede así, situarse, entre 1955 y 1966: un período atravesado por la etapa trans-peronista que a nivel profesional y sobre todo, en la Universidad, supuso importantes transformaciones, principalmente un quiebre traumático de las posturas de corte nacional y un exagerado cosmopolitismo cultural no exento de cierto revanchismo político. Fruto de esta etapa política y cultural compleja, es el emerger, a nivel universitario, del humanismo, una corriente de pensamiento evidentemente muy ligada a muchos de los protagonistas de las CB, que vino a significar en los medios académicos, una resistencia al reformismo demoliberal, aunque incapaz de articular un coherente discurso político por su anti-peronismo inicial, trocado a prescindencia en la actuación nacional global. En el ámbito de la Facultad porteña fue evidentemente este tipo de contradicción, al no usufructuarse demasiado la acción del decano Montagna, por ejemplo, la militante tarea desplegada por Zevi en 1951, al revalorar especialmente el discurso wrightiano y su potencialidad cultural regionalista, un impacto que de todas maneras, creemos, influiría en la formación de las posturas del futuro “casablanquismo”. La oposición formalizada entre una corriente “humanista” y otra “reformista”, en el seno de la Universidad (cuyo control en estos años, quedó en manos de lúcidos exponentes de la izquierda liberal, como Romero o Frondizi) no sólo produjo una polarización que nutrió la hegemonía de una nueva vanguardia liberal en torno del segundo tronco político (al que directa o indirectamente adscribieron los diversos “notables” vinculados al casi extinguido grupo Austral y al naciente y pujante OAM, sino que situó a muchos protagonistas de la inicial experiencia casablanquista en una situación de pertenencia al espectro de la “derecha” que impidió, por un lado, hacerse cargo del legado popular de la

Hogar y Arquitectura 103, Madrid 1972; R. Gutiérrez: “Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica” Ed. Cátedra, Madrid, 1983.

¹¹ C. Caveri: “El hombre a través de la arquitectura” Ed. C. Lohlé, 1971; C. Caveri “Los sistemas sociales a través de la arquitectura – “Organización popular y arquitectura latinoamericana” Ed. Cooperativa Tierra, Buenos Aires, 1976; C. Caveri : “Ficción y realismo mágico en nuestra arquitectura”, Ed. CP67, Buenos Aires, 1967.

experiencia político-cultural peronista tanto, por otro lado, recostarse en un espacio productivo-elitista, o al menos, de una clase media ideológicamente “derechizada”. La reflexión sobre la contemporaneidad entre el surgimiento de la experiencia de las CB y la polarización política universitaria, supone a nuestro juicio un reconocimiento tendiente a explicar muchas de las contradicciones que limitaron el desarrollo de dicha experiencia, tanto como las causas principales de su extinción, una mucha más frontal asunción del legado nacionalista-popular quizás hubiera otorgado a esta posibilidad una capacidad mayor de disputa de la hegemonía institucional disciplinar, cuya constitución “moderna”, por así decirlo, se sustanció en esos años.

Diremos además, a modo de hipótesis, que la confrontación respecto del depuesto nacionalismo popular que exhibirían en materia político-cultural los militantes iniciales de las CB, puede explicar algunas opciones en materia arquitectónica, como el reclamo de un hábitat personalizado, orgánico, romántico, que venía a exponerse contra recientes realizaciones oficiales más bien apropiadoras de fuertes y ortodoxas expresiones racionalistas (como los prototipos de casas baratas que Antonio Vilar, un confeso militante peronista, había desarrollado desde 1937 bajo el sugestivo nombre “existenz-minimum” de “vivienda mínima decente”)¹².

4. El campo intelectual del período 55-66, supone, en Argentina(o más precisamente en Buenos Aires), la recepción de la modernidad de la posguerra, dentro del complejo esquema de los “desarrollismos” generalizados en pleno capitalismo expansivo, basados en los “generosos” despegues y “queme de etapas” preconizados por el célebre economista Rostow : la modernidad económica, como siempre, suponía su vehicularización a través de una modernidad política, provista en este caso, no sólo por la acción de neo-radicalismo encabezado por Frondizi, sino además por variadas formaciones partidistas, como la recién creada Democracia Cristiana, un aparato político acompañador desde el “empresariado católico”, del esperanzador “aggiornamiento” socio-económico, del que, desde luego, participó la conformación de la naciente vanguardia arquitectónica porteña.

En ese contexto, la intelectualidad dominante, expresaba una preliminar confrontación entre posturas fenomenologistas frente a los incipientes estructuralismos, en los cruces entre existencialismos y marxismos (admirablemente conjugados por Sartre), en el renovarse de variadas posturas racionalistas y, a su vez, en el emerger de un cuestionamiento de las mismas, sobre todo desde el campo todavía incierto de un acercamiento anti-racionalista, subjetivista y romántico. Corrientes de un pensamiento opositor a las más modernas expresiones de un estructuralismo incipiente (o del neo racionalismo de un pensamiento analítico y tematizado por Russell o Popper), que habían emergido

¹² P. C. Sonderegger: “Arquitectura y Modernidad en la Argentina”, ficha CESCA, SCA, Buenos Aires, 1986. P.C. Sonderegger: “Arquitectura y Modernidad en Argentina II” Cuadernos de Traza, México, 1987.

en el último período peronista, como Anquín, Astrada, Casas, Roig, o los grupos de Mendoza y Tucumán, desarrollaban una cierta resistencia a la nueva modernidad desarrollista mucho más a la derecha, Derisi intentaba una apropiación cuasi tomista, del naciente existencialismo (de Gabriel Marcel o Karl Jaspers). Sin embargo, creemos que este contexto intelectual de los 50-60, no iba a afectar directamente nuestro movimiento, sino en cuanto, aportaba a la lenta transformación de las estructuras del catolicismo, cuya renovación sí sería influyente en los jóvenes humanistas.

El espacio más connotado de la confrontación entre estructuralismo marxistizados e incipientes existencialismo más situados, sería creemos, la revista “Contorno”, que sale entre 1953y 1959¹³ allí escribirían los Viñas, Sebrelí y Rozitchner, pero también Kutsch; Alcalde; Massotta y Jitrik. El complemento más “americanista” pero demasiado poco duradero será “La ciento y una”, una revista dirigida por Murena y Solero, que hostigada por Sábado, sólo aparece por única vez en 1953.

Por otro lado, desde luego, está “Sur”, que reteniendo el legado martinfierrista que había permitido introducir el racionalismo de Le Corbusier, bajo la administración de Prebisch, ahora albergaba a personajes como Bullrich o García Vázquez, augures de la modernidad liberal que empezaba a tener su propia vanguardia hegemónica en materia de arquitectura. Las revistas confesionales “Criterio” y “Estudios” también tuvieron algo que ver con el clima intelectual del período 55-65, al menos referidos a los cultores del casablanquismo allí se presentaron tempranas versiones del último Maritain así como de Mounier, mientras desde España comenzaban a introducirse textos de Teilhard de Chardin, que algunos de nuestros personajes leían en francés¹⁴.

El campo intelectual que se genera alrededor de la problemática de las CB, está cruzado así, por un contexto de renovación filosófica y espiritual apoyado en diversas posturas fenomenologistas, pero especialmente sistematizado por el personalismo mounierista, cuyas ideas discutiremos en la nota 7, más abajo. Los contenidos propios del marco comunitarista estarán afirmados en las lecturas de un cierto “desarrollismo” cristiano, de especialistas en economía y sociedad como Le Bret y Perroux, tanto o más que los discursos propiamente filosóficos fenomenologistas, ya que todas las expresiones de aquellos años de este filón de pensamiento (por ejemplo: Merleau-Ponty; Heidegger; G. Marcel; M. Scheler; G. Bachelard, etc. serán acogidas en nuestro medio mucho tiempo después, quizás luego del impacto estructuralista de los años 70¹⁵.

¹³ Una buena caracterización de la revista “Contorno” y sus artículos más significativos puede encontrarse en “Contorno”, selección de artículos y prólogo a cargo de C. Mangone y J. Warley Tomo 122 de capítulo Biblioteca Argentina fundamental” Ed. CEAL, Buenos Aires, 1981.

¹⁴ Nos referimos al dato autobiográfico que aporta C. Caveri, en “Ficción...” op. cit., nota 11, p. 61.

¹⁵ Parte de esta problemática será acogida en ciertos textos de “Contorno”. Otras referencias son: los escritos de C. Massotta, agrupados en el volumen “Conciencia y Estructura”, ed. J. Alvarez, Buenos Aires, 1968. sobre todo en la parte 1, “Filosofía y Psicoanálisis” donde aborda la llegada del pensamiento de Merleau-Ponty, Sartre, Lacan y el pensamiento cristiano.

El saber teológico-filosófico de pensadores como Guardini; Berdiaeff; Bultmann; Buber; Levinas; Jaspers y otros, tampoco genera a nuestro parecer, un recepcionamiento consistente dentro de los cultores del naciente “anti-racionalismo”, a pesar de las profundas innovaciones suscitadas en materia cúllica pero también, social e histórica, incluso, este pensamiento será procesado más bien, en compartimientos liberales tradicionales, como los escritos y clases de Massuh¹⁶.

En cambio, parte de los discursos políticos de derechas cristianas-como los de Murras o Primo de Rivera- tienen suficiente auge como para influenciar expresiones comunitaristas elitistas argentinas, vinculándolas no sólo con actividades universitarias anti-liberales sino también con evidentes entusiasmos respecto del golpe de 1966, en el cual algunos participantes como Borda, Grondona o Roth, tienen relaciones directas con actividades culturales, ideológicas y universitarias, emergentes del tronco humanista. Precisamente será dicho acontecimiento político, el que producirá no sólo una virtual separación de experiencias del grupo casablanquista (como el rechazo a la nueva circunstancia política que supone la renuncia a la UBA de profesores como Berreta o Pando), sino además un virtual camino de reencuentro-en algunos protagonistas-con el cauce nacionalista popular, una confrontación, al menos teórica, con el modelo autoritario impuesto en la Argentina en el segundo lustro de la década del 60 y la vicisitud propia de una dispersión, o aún extinción, de la experiencia.

Las casi obvias relaciones que hoy se podrían establecer entre el pensamiento de Kusch o un Murena, o aún alguna confrontación con las complicadas posturas de un Martínez Estrada (sobre el que giraban las diversas posiciones “antiliberales” de “Contorno”¹⁷ parecieron entonces, no formar parte efectiva del campo intelectual del desarrollo inicial de las posturas del fenómeno de las CB, lo que en cierta forma apunta a redondear nuestra caracterización de “anti-intelectualismo” que circunscribe -y limita-las posiciones teóricas de estas experiencias (ver luego el punto 22).

5. A pesar de la citada situación de “paralelismo” que pareció suponer, respecto de las CB y su proceso teórico formativo, el auge de cierto pensamiento crítico de la racionalidad central con la que, en la década del 55-66, se expresaran ciertas corrientes de pensamiento local, debemos efectuar un examen, al menos genérico, de las mismas, por cuanto existen aspectos de significativas convergencias. Vemos, en primer lugar, un texto tan importante como olvidado, “Teoría de la ciudad argentina” de Bernardo Canal Feijóo¹⁸: se trata de un libro político, que intenta desarrollar una vía de modernidad “apropiada” que, sin abandonar el requisito de la inexorable urbanización, propone

¹⁶ Mucho de estos aportes son recogidos en la clase de V. Massuh de sus cursos de Filosofía de la Religión de la UBA, Algo de lo cual se incluye en “Sentido y Fin de la Historia”, ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963.

¹⁷ Un tratamiento crítico del pensamiento de E. Martínez Estrada se hace en la revista “Contorno” no.4, Buenos Aires, diciembre de 1954, donde figuran los artículos de I. Viñas, “Reflexión sobre Martínez Estrada”; y de D. Viñas “La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada”

¹⁸ B. Canal Feijóo “Teoría de la ciudad argentina”, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

infundir a tal necesidad las conveniencias de un estilo de desarrollo integrado “humanista”; “Las concepciones teóricas, los instrumentos técnicos, los ideales modernos, están recostados sobre planos de universalidad y unidad últimos que han llegado a dominar todos los resortes positivos de la existencia nacional. Lo no previsto, lo que falla, es la trama de la realidad nacional en que debe apoyarse el espíritu de esas concepciones, de esos ideales, de esos instrumentos, universalistas y unitarizantes. Bajo los grandes ensueños de la razón universal, el hombre sigue siendo el habitante de un mundo geográfico, climático, paisajístico y geológico que exige a la razón todavía un poco de realismo, un poco de ciencia, un poco de buen sentido y de modestia¹⁹. Canal Feijóo-que escribe en 1951- articula un pensamiento que es capaz de criticar la inexorabilidad de un único y ecuménico desarrollismo: “La casa colectiva de la ciudad es la forma mediante la cual las personas se solidarizan en la cosa sin ningún sentimiento de solidaridad entre sí”. “En una palabra la civilización en cuanto a orden de la ciudad, consiste en transferir una realidad subjetivamente imposible, a un como si objetiva y materialmente operante”. La crítica del “orden concentracionario” de la racionalidad moderna (una crítica que ya había advertido por Husserl y que el mismo año que escribía nuestro autor, también era desarrollada por Heidegger, ver nuestro punto siguiente) le permitía a Feijóo redondear lo siguiente: “Si ese nuevo orden conspira contra la familia, no es por ser simplemente ultrafamiliar y católico-universalista-sino por encerrar la fórmula, geométrica o química, de una nueva unidad mínima eficiente en el fortuito marco de la urbanidad moderna. Con matices condicionados vuelve espontáneamente la antigua imagen de la comunidad prefamiliar y amplía de las épocas patriarcales, en que la idea de padre se absorbe en la idea de pastor, vuelve la imagen de una agropecuaridad general, con matices típicamente modernos y sólo formales: el corral se ha vuelto celular, la pastoralidad se ha vuelto policial, es decir, se ha investido de un poder más difuso al mismo tiempo que librado de afectos. Hay una razón de mera y objetiva formalidad substituida a la razón esencial de la sociedad centrada sobre la familia biológica, lo cual, hasta ahora, no ha contribuido en lo más mínimo a mejorar las deplorables perspectivas que el orden moderno abre a la tristísima “condición humana”²⁰. Es importante advertir, cómo la crítica de Canal Feijóo a la modernidad racionalista incluye la de una reconceptualización de la mitología agraria, como un nuevo esquema de la vida urbana reaccionaria, a la vez que reivindica una verdadera reconstrucción urbana comunitario-familiar.

De 1954 es “El pecado original de América”, de H. Murena²¹, un texto muy influenciado por los escritos de Martínez Estrada, de los años 40, que a pesar de la ácida desesperanza y práctica

¹⁹ B. Canal Feijóo, op. cit., p. 235-6

²⁰ B. Canal Feijóo, op. cit., p. 247-8

²¹ H. Murena “El pecado original de América” Ed. Sur, Buenos Aires, 1954.

flagelación que produce por el mero ser americano, desarrolla lúcidos cuestionamientos del “seguidismo” cultural: “No es tranquilizador el modo en que este mundo irrita, raspa hora la piel con cualquiera de sus aristas, desde las caras y el lenguaje que se oye hasta la mísera fea arquitectura de la ciudad y lo que en ella ocurre. Todo lo que se ha visto en los libros europeos es tan hermoso, tan dramático, tan denso, en suma, tan vivo comparado con lo que nos rodea acá. Así se va aprendiendo que esta realidad es un detalle a evitar. Se recluye uno por eso más todavía entre los libros, pero, como no se trata de un juego, como de verdad se quiere vivir seriamente con todo el ser, llega el momento en que se siente que hay que dar una prueba de la pasión y la inteligencia que con acalorada generosidad uno se atribuyó, se siente que hay que escribir, crear algo. De esta manera, se presenta el instante grave. Si la decisión, es por la poesía, se lee mucha poesía y se fabrica otro tanto, hasta que una tarde o una noche cualquiera, en una calle, en una plaza, en un café, mientras se recita mentalmente un poema propio, se cala de improviso la falsedad, la gratuidad, de ese poema respecto de la calle, las caras que se ven en ella, el paisaje que se distingue desde la plaza, el silencio, las voces o el estruendo que puebla el café, gratuidad que consiste en que el poema no tiene en esencia ninguna relación con lo que lo rodea, que no es ni una afirmación ni una negación ni una superación del ‘sentimiento’ que circula en torno al autor”²². Toda la fecunda actividad de Murena, aún en su exagerada vocación descalificatoria de las “culpas” americanas-una temática muy de los 50- es una aportación crítica profunda a los mecanismos de reproduccionismo de todas nuestras prácticas artísticas: a la vez, es una de los más interesantes críticos del racionalismo a ultranza, tanto como de la necesidad de recuperar los contenidos mítico-metafóricos en la producción artística y cultural en general²³.

El caso de Rodolfo Kusch expresa una producción teórica que, al menos tardíamente (por ejemplo, en los escritos de Caveri posteriores a 1970) supondrá un tipo de relación más cercana a algunas problemáticas emergentes del campo intelectual propio de las CB, y más específicamente, sus preocupaciones estéticas. Del momento gestativo del fenómeno estudiado hay dos textos de Kusch que nos parecen significativos: “La ciudad mestiza” de 1952 (que luego aparecerá refundido en “La seducción de la barbarie”, del año siguiente, con un breve pero sugestivo prólogo de Francisco Solero, el ya mencionado integrante de grupos culturales como “Contorno” y “Las ciento y una” y “Anotaciones para una estética de lo americano”, artículo publicado en 1955 en la revista “Comentario”, que sería a la postre, el único artículo específicamente dedicado a la estética escrito

²² H. Murena, op. cit., incluido en la antología de H. Murena “El nombre secreto” Ed. Monte Ávila, Caracas, 1969, p. 83.

²³ Estas conclusiones están tratadas en uno de los últimos libros de H. Murena “La metáfora y lo sagrado” Ed. Alfa, Barcelona, 1984 (la edición original es de 1973).

por Kusch²⁴. El primer texto de Kusch tematiza la realidad y la ficción propias de la ciudad, como ámbito en que chocan lo propio de una cultura previa, ancestral, popular, indígena, con lo ajeno de una imposición europea: “La realidad implica posesión, apoyo, sentimiento de bienestar que la ficción no puede dar. En la realidad, la vida parece concluir un ciclo, por el que se alcanza la máxima expresión en cosas, objetos y hechos donde, por así decir, se visualiza. De esta manera, como lo pedía Herder, una canción popular mantiene una conexión de carácter con la realidad definida del derecho o la arquitectura, por cuanto estos son la explicitación de una realidad hondamente vivida por las capas inferiores del cuerpo social. Esa conexión se da únicamente cuando existe una voluntad de forma que no es perturbada²⁵. El problema americano pasa por una escisión entre interior y ciudad, entre realidad y ficción: “Para el que está en la ciudad, el interior se convierte en el inconsciente de la acción”. “El inconsciente de la acción, reforzado por un paisaje indomado, pesan desde las sombras sobre la conciencia mestiza y constituyen las raíces primigénicas de su ambivalencia: La pasividad vegetal, la modorra espiritual del americano, la raíz geográfica de su vida, la receptividad feminoide de su cultura, no logran sino adosarse a la acción europea. Obra en todo ello una especie de venganza del paisaje. La ‘vida espaciosa’, agigantada por éste, carga sobre la acción, obstruyendo toda meta que pudiera afianzarla. La mente se escinde en el sentido de que la conciencia autóctona, la del paisaje, pesa-desde el inconsciente de la acción- sobre la conciencia activa, constructora pero foránea²⁶. Kusch en este sentido, concluye situándose en una positividad cuya fuerza radica en la capacidad de negar lo positivo (ficticio) del mundo urbano construido y constituido desde el afuera europeo del ser, y contrapuesto al existir americano, de un puro estar en el paisaje. Se completa así, por una parte, la redención de lo propio, apenas entrevisto y menos aceptado en el largo ciclo teórico que va desde Groussac y Rojas hasta Martínez Estrada y Murena: pero también se configura un destino implacablemente antiurbano en la perspectiva de la teoría americana de Kusch.

En el escrito sobre estética americana, Kusch tematiza aspectos del antirracionalismo (si lo vemos como oposición a los apolíneos paradigmas europeos) del hacer americano, sobre todo en sus aspectos míticos de lo tenebroso, como expresivo de la presencia del demonismo propio de lo esencial del paisaje y su ominosidad natural, que Europa domesticó y anuló. El estatuto de una autonomía artística americana se apoya en principio en la negación del esencialismo europeo, sobre

²⁴ R. Kusch “La ciudad mestiza” Colección Quetzal, Buenos Ares, 1952. Este texto aparecerá refundido en “La seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo”, publicado en 1953 y republicado en 1984 por la ed. F. Ross, de Rosario con prólogo de C. Cullen, “Reconocer que estamos” y que se agrega al prólogo original de F. Solero “Preguntar por lo que somos” El texto “Anotaciones para una estética de lo americano” apareció en la revista “Comentario” número 9, Buenos Aires, diciembre de 1955.

²⁵ R. Kusch “La ciudad mestiza” op. cit., p.15.

²⁶ R. Kusch “La ciudad mestiza” op. cit., p. 20-1.

todo, el de la hegemonía de la forma: Penetrar en nuestra realidad implica perder la ciudadanía occidental de la obra. Se pierde el derecho a la forma, primero porque lo americano carece de forma y, segundo, porque lo occidental no expresa lo americano. De ahí los dos planos. Un arte de la vida o de lo tenebroso que se califica como popular e involucra peyorativamente lo gauchesco y el folklore y, el otro, el arte oficial de tipo formalista que en sus aspectos más auténticos apenas si ha llegado a un barroquismo más o menos comprensible”²⁷. La negación programática de la forma-entendida como un estatuto estéticos del objetualismo del ser europeo- implica, para Kusch, una única posibilidad americana, residente en la resuperación del estar en el paisaje, en el reconocimiento de lo dado natural, en la valoración del acontecer (el relato gauchesco, el drama nacional, el tango: discurrir más que llegadas, acontecimientos o sucesos más que formas), en la exaltación del espacio.

6. Si bien el punto anterior intenta revisar algunos materiales que producidos entre nosotros cerca o en torno de 1955, la simultaneidad ideológica y la contemporaneidad temporal parece tan sólo ofrecer una condición puramente teórica en cuanto efectiva formación del campo intelectual de la experiencia de las CB: no obstante, algunas ideas de las comentadas, de alguna forma, han coincidido con preocupaciones vinculadas al desarrollo de nuestro tema de análisis, al menos en su intento de búsqueda de algún apartamiento a lo normativo de una cultura internacional hegemonizada por el pensamiento racionalista. Pero quizás, más que los textos anteriores, generados en la misma ciudad, otros externos tal vez hayan operado igual o mayor influencia en la formación del campo intelectual de los 50: sabemos así, de variados escritos que parecen haber constituido referencias implícitas o no, directas o indirectas, al pensamiento sincrético que iba tejiéndose en torno de la luego llamada “reacción anti-racionalista”, como los escritos de Kahler, Dawson, Fromm, Lilley, Gordon, Childe, Folliet, Jaeger y otros que solían constituir el andamiaje de asignaturas como “Integración cultural” e “Historia” y las que como dijimos, fueron en parte, una especie de usina y laboratorio del desarrollo, al menos universitario, de este pensamiento. Sin embargo, y quizás, con la pertinencia que tales autores parecen tener, a la distancia, respecto de nuestro tema, comentaremos a continuación, propuestas contemporáneas al inicio de las CB, como son las de Heidegger, Buber y Bachelard.

La contribución directa de Martín Heidegger (puesto que, en rigor, hay numerosas referencias genéricas en muchos de sus textos) a los problemas del hábitat contemporáneo se dará en su

²⁷ R. Kusch “Anotaciones para una estética de lo americano” p.12.

conferencia de 1951 traducida al español como “Edificar, morar, pensar”²⁸. Este texto, sólo reconsiderado ampliamente de manera bastante reciente, trata de numerosas cuestiones propias de la reacción antirracionalista y constituye una temprana y dura crítica a la modernidad racionalista, a su “inhospitalidad”. El texto heideggeriano trabaja sobre la demostración acerca de que es el morar (sobre la base de una indagación filológica que busca lo esencial de la experiencia del morar) y luego sobre la respuesta a la pregunta: ¿hasta que punto forma parte el edificar del morar?. En el primer aspecto Heidegger identifica al ser (bin) con el morar (buan) y el edificar (bauen, que es además cuidar y cultivar): “Edificar significa, primitivamente morar”. “La modalidad con la cual nosotros los hombres estamos en la tierra es la de morar. El hombre es en tanto habita. “El edificar como morar, vale decir, el estar en la tierra, sigue siendo para experiencia del hombre, lo natural, lo habitual”. Sin embargo, y esa es una condición de la modernidad, el peso de las cuestiones modernas del edificar hace olvidar la esencia del morar: “El lenguaje aparta del hombre su hablar sencillo y elevado. No por ello enmudece su aliento inicial, sólo éste cae en silencio. Pero verdad es también que el hombre ha dejado de prestarle atención a ese silencio”.

“Lo que en esencia sea el edificar construcciones no lo podemos preguntar siquiera, ni mucho menos decidir apropiadamente hasta tanto no pensemos que todo edificar en sí, es un morar. Nosotros no moramos por haber edificado sino que edificamos y hemos edificado en la medida que moramos, en la medida que somos moradores”. Precisamente es en este aforismo aquel que Heidegger, convocados por arquitectos a decir su conferencia en Darmstadt, en plena euforia reconstructora de la posguerra, no puede verificar en la acción de la arquitectura contemporánea a su discurso. La pregunta sobre la esencialidad del morar lo lleva, por el lado de la sabiduría del lenguaje, a reconocer una densa significación en torno del “permanecer”, del “proteger”, en torno a las ideas de la cuaternidad: Morar en cuanto salvar la tierra, en tanto acoger el cielo, en tanto aguardar a las divinidades y en tanto tomar posesión de la muerte como tal. Pero lo sugestivo de Heidegger es que esa esencialidad, un tanto mística, debe expresarse en la materialidad de los objetos, y por tanto su espacio, entendido como cosa limitada: “Los objetos que son lugares (y proveen de sitio), proveen espacio. Un espacio es algo ubicado “para”, es un límite (‘peras’). El límite no es aquello en virtud de lo cual algo concluye, sino aquello (como lo entendieron los griegos) desde donde algo inicia su esencia”. De allí pasa Heidegger su proposición “arquitectónica”: A los objetos que como lugares proveen de un sitio, les llamaremos edificaciones o productos del edificar creador.

²⁸ Usamos la traducción del prof. A. Weibezahn Massiani publicada en el Boletín CIHE, Caracas, 1964, p. 64. La conferencia de M. Heidegger fue dada en Darmstadt, en ocasión del coloquio “Mensch und Raum”, celebrado en 1951. En el mismo participó J. Ortega y Gasset.

Sólo tendremos experiencia de la forma como habrá de ser esa producción –vale decir, el edificar– una vez que hayamos establecido con anterioridad, la esencia de aquellos otros objetos que a partir de ellos mismos exigen para su realización del edificar como producción. Tales objetos no pueden ser sino lugares (a) que provean a la cuaternidad antes descrita de un sitio, (b) que ubiquen ese sitio en un espacio. La esencia, por último supone: (a) una relación entre lugar y espacio y (b) una relación del lugar con el hombre que allí se establece.

El discurso heideggeriano, inscripto en la polémica situación del existencialismo de los 50, si bien no es acogido plenamente, se conjuga con algunas de las preocupaciones de la renovación del habitar que viene proponiendo el pensamiento crítico del racionalismo, en esos años.

Tampoco creo que haya sido demasiado conocido en tales años, el pensador judío Martín Buber, cuyo “Caminos de Utopía” se conoce en español en 1955 (aunque su también relevante “Qué es el hombre” fue difundido en nuestra lengua en 1949)²⁹. El pensamiento de Buber alienta una concepción por la cual la historia no sólo deberá concurrir a un destino escatológico de perfección, sino que la utopía, como realización social, deberá llevar a un “espacio perfecto”. La utopía buberiana es posible en la dimensión comunitaria, y en tal sentido critica la descalificación de Marx respecto del socialismo utópico, al sostener precisamente que el fin de la historia es la conjunción armónica de utopía y socialismo, a través de las formas comunitarias, formas que historia y valoriza no sólo en las tempranas expresiones monasteriles sino en sus contemporáneas manifestaciones de los “kibbutz” del desierto palestino. En tal sentido, Buber señala que si la utopía absoluta es un destino ideal, la vida comunitaria es la única posibilidad de realización en el presente de ese proyecto.

Gastón Bachelard, el filósofo de la ciencia, había reflexionado ya sobre una serie de temáticas de la esencialidad poética y fuerte resonancia mitificante en los actos psíquicos, cuando publica en 1957 su “Poética del Espacio”³⁰, otro texto a nuestro entender clave para comprender el campo intelectual de las tempranas críticas al positivismo modernista racio-funcionalista, y se trata a la vez, hipotetizamos, de un texto poco trabajado y casi nada influyente en su hora. Sólo recientemente el interés inductivo que la revalorización contemporánea de los textos de crítica literaria de Adorno y más precisamente Benjamin, ha puesto de manifiesto alrededor de problemáticas del habitar metropolitano, vuelve entonces sugestiva, la recorrida del librito bachelardiano, propuesto como un temprano proyecto fenomenologista, “en tanto consideración del surgir de la imagen de la conciencia individual”: la develación amplificadora de la subjetividad de las imágenes, viene a permitir, según

²⁹ Los textos de M. Buber a que aludimos son “Qué es el hombre” Ed. Fondo de cultura económica, México, 1949 y “Caminos de utopía” Ed. FCE, México, 1955

³⁰ El texto central de G. Bachelard, para nuestros argumentos, es “La poética del espacio”, publicado originalmente por la FCF de París en 1957, y en español, por la Ed. FCE, México, en 1965.

nuestro autor, posible intersubjetividades en la propia circulación de las imágenes. Y si este relevante proyecto, viene más bien indicado para una suerte de hermenéutica de la poesía, no es menos cierto que trabaja para una verdadera arqueología de lo significacional del espacio cotidiano y metafórico, como materia prima de la construcción de las imágenes poéticas. Desde la perspectiva fenomenológica es pues el texto de Bachelard, un texto de análisis, pero como tal y en forma indirecta, pocos como él, han contribuido a señalar la complejidad significacional de lo espacial, de lo objetual: ante su lectura emerge una conciencia, en el artista, o bien de la conveniencia de un casi total automatismo generativo de las formas o las imágenes, o bien la necesidad de un transracionalismo capaz de reflexionar –desde la producción proyectual- sobre la multiplicidad y profundidad de lecturas posibles de lo producido. Por eso es que pensamos que este aporte fenomenologista, siendo dirigido esencialmente al análisis de textos y referentes textuales de la poesía, aparece como un hito más del campo intelectual genérico del momento formativo del movimiento casablanquista.

7. Si las notas anteriores aluden, por así decir, a un campo intelectual “teórico”(sobre el que cubría la posibilidad de investigar acerca de efectivas relaciones entre el cuerpo de pensamiento expresado por los dos conjuntos de autores contemporáneos –a los sucesos formativos de las CB-, existen certezas, en cambio, sobre precisas relaciones entre algunas expresiones de corrientes renovadoras del pensamiento cristiano y el desarrollo de posturas de ciertos personajes centrales de las incipientes experiencias casablanquistas de los años 50. Dentro de estas influencias sobresaldrá, como veremos en la nota 8, la incidencia de un movimiento filosófico llamado “personalismo”, surgido alrededor de la revista francesa “Esprit” en los años 30, que aglutina posturas de muchos pensadores (como Scheler, Buber, Berdiaeff, Marcel, Jaspers, Ricoeur, Lacroix, Teilhard, Maritain, Redoncelle, Rougement, etc) y que es sistematizada por Emanouille Mounier³¹. Esta postura viene a consistir en un frente de acogimiento a los postulados existencialistas, conjugados en la dimensión crítica post-racionalista del arco de pensadores que va desde Kierkegaard y Nietzsche hasta Husserl y Heidegger, pero tendiente a una visión más optimista de un futuro capaz de establecer una cierta aproximación a los principios del primer y “humanista” marxismo, en torno de un sistema de pensamiento personalista y comunitarista. A partir de una reestructuración del “universo personal” (basado en una serie de conceptos “fundantes” del ser persona: la existencia incorporada, la comunicación, la conversión íntima, el afrontar, la libertad condicionada, la inminente dignidad, el compromiso: tales

³¹ Los textos de E. Mounier “Qué es el personalismo”, Ed. Criterio, Buenos Aires, 1956 y “El personalismo” EUDEBA, Buenos Aires, 1962. Este segundo texto, marcando algunos “cruces” interesantes con el grupo “Contorno” está al cuidado de L. Rozitchner. Por otra parte, el texto citado en la nota 15, de C. Masotta, éste desarrolla una caracterización del pensamiento de Mounier como convergente al clima neo-socialista de los primeros 60, signado por el existencialismo.

son los títulos de los capítulos de “El personalismo”, el texto capital de Mounier) se desarrolla una reacción al nihilismo europeo y una propuesta social (referente a la sociedad económica, la sociedad familiar, la sociedad nacional e internacional), el Estado, la democracia, el poder, la educación y la cultura. Sobre la base de una dimensión esencialmente familiar, el personalismo postula una organización capilar y ascendente del poder, desde lo local a lo nacional, adscribiendo a la crítica marxista de las democracias formales o liberales. El personalismo, si bien desembocó en una concepción crítica del cristianismo –entendiendo su estado como de “crisis histórica”-, no logró restablecer una adecuada correlación entre la primacía de la persona y la capacidad estructurante de formas de relación social que, sin ser colectivistas, fueron empero capaces de moderar las tendencias de una modernidad demasiado seducida por el poder, la tecnología y nuevas y más sofisticadas formas de “razón de Estado”: justamente es esa reclusión entre la “purificación” del universo de la persona y la incapacidad de articular, en lo social, discursos operantes al nivel de lo comunitario, y en lo político, alrededor de un poder efectivamente social-cristiano, lo que va a aparecer transferido, desde su dominancia del campo intelectual del episodio de las casas blancas, a la connotación reductivista de sus logros en materia de cultura política. En resumen, los aspectos derivados de ciertas formas de renovación del aparato familiar, por una parte, y de una renovación espiritual también apoyada en la fuerte subjetividad de lo personal, por obra, serán las correlaciones más articuladas entre esta postura y las manifestaciones movimientísticas del episodio de las casas blancas. Sólo si miramos algunas de las evoluciones –justamente personales- de algunos protagonistas (como se hará en la nota 20) será posible advertir las condiciones de una articulación más efectiva de este pensamiento con ciertas prácticas definitivamente confrontadas a las motivaciones iniciales.

8. Dentro del examen del “corpus” de elementos propios de la experiencia CB, dedicaremos desde esta a la nota 12, aun examen de los diversos textos que fueron producidos como parte de la propia experiencia: es decir, aludimos, por así decir, a los textos teóricos del propio desarrollo del movimiento y no a los escritos de tipo crítico-historiográfico, cuyo tratamiento reservamos para los puntos 18 y 19. De los textos disponibles (en rigor, uno de los trabajos pendientes de futuros desarrollos será el acopiar más elementos del “corpus” teórico, incluso obteniendo materiales no editados) ordenaremos nuestro examen alrededor de cinco temas, que creemos, son aspectos significativos en la conformación del pensamiento teórico de esta experiencia:

- a) referencias al contexto cultural genérico y al campo intelectual.
- b) referencias a aspectos de la teoría e historia de la arquitectura: la crítica al racionalismo, referencias al pintoresquismo, al romanticismo y a las corrientes organicistas.
- c) referencias al “legado corbusierano”.

- d) referencias a relaciones con las tradiciones vernaculares (lo colonial hispanófilo, etc.).
- e) referencias a formulaciones generales (deducibles de los textos) acerca de la historia, la sociedad, la ciudad, etc.

En relación al primero de estos cinco grupos, los textos revisados no son tan pletóricos en contextualizaciones, y más bien emerge una cierta postura pragmatista, relacionada fuertemente con el hacer, aunque existe una recurrente tematización sobre el humanismo personalista, directamente citado en el escrito denominado “El resumen”³², cuando se alude a la permanente necesidad de puesta al día de las posturas cristianas, después de revisar allí, los contenidos tradicionales y progresistas de este pensamiento: “La presencia de lo cristiano en la arquitectura debe entenderse como una penetración en las formas de valores no formales. Se trata de crear ámbitos donde los cristianos sean o puedan vivir su cristianismo y donde los no-cristianos puedan ejercitar la dignidad que el cristianismo reconoce al ser humano”. El texto de Iglesia –prácticamente, el redactor oficial de la “teoría” de las CB durante su etapa de gestación, alude así, al reconocimiento de un campo referencial esencial de esta producción, en los fermentos más o menos renovadores del humanismo personalista cristiano. La misma referencia desarrolla Ellis en su texto de presentación de la casa Urtizberea: “Arquitectura que, con sus espacios a escala humana, promoverá el encuentro con la persona humana y el encuentro de las personas entre sí. Espacios arquitectónicos que deben tener la austeridad que conviene al hombre actual, a la familia, para que esta con la soledad y comunidad necesarias, sea auténtica y pueda comunicarse con los demás. Surgirán así nuevas comunidades ligadas no por lo exterior sino por las existencias que se comunican, formando una etapa de la marcha de la comunidad hacia su unidad”³³. Se trasluce de estas menciones, el trasfondo filosófico existencial y el planteo buberiano-personalista de la utopía comunitarista, que entre otras cosas, tenía la virtud de generar una abstracción respecto del análisis de la coyuntura política que, bajo imperativos semejantes, tendía desembocar en el modelo de Onganía. También existe el hálito escatológico de la unidad ideal teilhardiana, en nombre de la cual Iglesia, le podrá hacer, como veremos luego en el punto 12, una dura crítica al Caveri “final” de la casa Moore, de 1963.

Las referencias a una especie de “crisis” del paradigma funcionalista suponen, a pesar de desarrollarse desde un punto de vista pragmáticamente vinculado con el diseño, un posicionamiento respecto del cuadro cultural reactivo de algunos núcleos de pensamiento de los años 50: dice

³² La referencia figura en el artículo de R. Iglesia, “El resumen” publicado en NA 411, febrero de 1964, p. 15.

³³ La referencia de Ellis, figura en el corto prólogo de R Rosso que encabeza el artículo de R. Iglesia en “Zodiac”, (ref. nota 2) p. 147.

Iglesia³⁴: la expresión buscada no es aquella que quiere significar la imagen de una época, sino que busca concretar la imagen de un momento, de una región, de un pueblo, de una familia. Esta nueva expresividad dirigida a elementos vitales más que a ideas abstractas es la que rechaza, por insuficiente, al uniforme funcionalista”. Para fundar este desprecio por el ecumenismo racionalista de la posguerra, habrá una sensibilidad “ad hoc”, no sólo relativista y regionalista, sino además subjetivista: “Olvidándose del regocijo intelectual que proporciona el orden, la lógica y la funcionalidad explicitados, esta arquitectura trata de nutrirse en lo emotivo y es al mismo tiempo, por las razones apuntadas, una reacción y una adhesión a la arquitectura internacional”. Esta apelación a lo emotivo, no se perfila tan solo como una reacción regional o propia de un contexto cultural determinado, sino que busca afirmarse en una supuesta corriente internacionalista que estaría compartiendo, en distintas situaciones, una común confrontación al pensamiento funcionalista. Pero prevalecería lo sensorial como local: “Al lenguaje arquitectónico preciso, internacionalmente válido y esquemático sucedió y está sucediendo otro lenguaje más rico, más circunstancial, más sensorial, expresivo, testimonial y comprometido con su medio”. Aquí aparecen –o reaparecen- algunas palabras claves del campo intelectual existencialista humanista: testimonio, compromiso, etc. El peso estaría dado, aún en los errores, en el proyecto humanista: “Esta arquitectura es expresiva, comunicativa, transmite, y transmite aún en sus errores, una amplia y profunda consideración de lo humano”.

Ahora también, esta idea de humanismo se despliega, contradictoriamente, en un interés en el hombre concreto, presente, a la vez –y es éste un signo del conservadurismo ideológico genérico de la propuesta- de un hombre intemporal o eterno: “Cuando se analiza la palabra tradición, se describe en su raíz el concepto de entrega, traspaso, unión a través de un don; algo así como el pase del testimonio de corredor en las carreras de postas. Cuando es la cultura que lega y liga, la tradición significa una incalculable riqueza a recibir y desarrollar, si sólo se trata de desarrollar, si sólo se trata de mantener, estamos frente a la reacción; si se trata sólo de rechazar o negar, estamos frente al revolucionario puro; pero si se trata de desarrollar analizando, estamos frente a la revolucionaria idea de la evolución. Esto es lo que propone esta arquitectura, mantener y desarrollar dando testimonio de ello, una idea del hombre que ha sido elaborada durante dos mil años y cuyo estado actual supone un ser completo, pluridimensional, percedero y trascendente, emotivo y racional, personalizado y comunitario”. Pero no podría decirse que la teoría actuante de aquél tiempo, como se ve en estos escritos analizados, estuviera enteramente volcada a una especie de optimismo escatológico teilhardiano, puesto que parece, en cierta forma, emerger, datos de la realidad contingente: cuando

³⁴ En el artículo de “Zodiac”, op. cit. Nota 2, p. 152.

Iglesia trata, en el texto que analizamos ciertas perspectivas propias de la “humanización de la arquitectura” y la tendencia a posibilitar un “art pour l’art” señala que “seta imagen ha sido sacudida con violencia por lo reclamos imperiosos de la organización social contemporánea”, lo cual, eufemísticamente, lo conduce a un análisis de la dialéctica del habitar en el mundo capitalista moderno bastante aproximado al enfoque de Heidegger de “Edificar, morar, pensar” : “Disfrazados bajo una necesidad bien real, dar vivienda al desamparado, se ofrecen abrigos, construcciones mas o menos baratas, más o menos industrializadas, que difícilmente pueden considerarse viviendas”. Henos aquí, dicho sea de paso, como luego veremos en la nota 28, un preanuncio, bastante negativo, de lo luego sería el camino elegido por alguno de los protagonistas de las CB; pero continúa su cita Iglesia: “El desafío es grande: responder a la grande necesidad de habitación con viviendas cuya calidad corresponda a la mejor y más completa definición de la condición humana: La vivienda debe entonces construirse con urgencia, pero el resultado debe ser tal que pueda ser denominado con propiedad “vivienda para el hombre actual”. Más abajo continúa: “Para alcanzar la plenitud de su condición humana (el hombre contemporáneo) debe habitar viviendas que reconozcan y posibiliten su pluridimensionalidad (que no habría sido alcanzada por las propuestas de los comienzos de la arquitectura moderna) ... (por eso, las propuestas de las CB) es una valiosa contrapartida de la innegable deshumanización de la sociedad tecnicista”. Pero a la vez: “Estas casas parecen desentenderse, por su atecnicismo, de los aspectos operativos del gran problema de la insatisfacción de la necesidad básica de habitación que sufre la mayor parte de los habitantes del mundo. Pero si la solución a este problema debe alcanzarse por medio de una tecnología racional, las soluciones que se propongan para ser realmente válidas y para corresponder a la condición humana actual, deberán partir de una consideración del hombre idéntica a la que postulamos”. Con este planteo, cercano al optimismo casi utópico de una moderación del neo-capitalismo ulterior a la segunda guerra que exhibiera Heidegger en el texto comentado en el punto 6, se arriba a un nivel de exigencias que sería desmentido por el propio desarrollo histórico capitalista y frente al cual, las propuestas de las CB encontrarían un marcado límite operacional. Esto se conecta con las alusiones al pensamiento de Chombart de Lauwe que se transcribe y comenta en otro artículo: “Vida familiar y espacio interior”³⁵ y a otras alusiones socio-culturales, como la siguiente cita del texto “La ruptura de las formas simples”³⁶: “La austeridad, el recogimiento, la oración colectiva o individual, la unión en fin, con Dios, quedan muchas veces olvidadas en el despilfarro que significan ciertas soluciones anti-económicas, en el sentido más amplio de lo económico, aplastadas e impedidas (por impresionantes escenografías arquitectónicas)”. O como las referencias que, vinculadas al pensamiento de Lebrecht, se

³⁵ R. Iglesia “Vida familiar y espacio interior” artículo en NA 421, diciembre de 1964, p. 17.

³⁶ R. Iglesia “La ruptura de las formas simples” artículo en NA 406, septiembre de 1963, p. 20.

citan en el artículo “Arquitectura blanca en Belgrano”³⁷: “La economía de la pobreza, o economía de la necesidad (aunque toda economía lo es) no debe confundirse con la declaración retórica de pobreza, orgullo que se expresa en contradicciones: ni con la miseria que embrutece y envilece y, por lo tanto, deshumaniza. La economía de la pobreza tiende hacia la plenitud personal para todos y por ello evita el despilfarro. Así debe entenderse no sólo como una propuesta doctrinaria sino como un concepto operacional que resultó fecundo para la arquitectura colonial argentina y que es hoy urgentemente necesario para la arquitectura actual, la que aparte de todas las consideraciones estéticas o tecnológicas, no pueden renunciar a su gran tarea de dar vivienda al desamparado”.

Tensada entre las limitaciones de la propia experiencia y los datos que se buscaban como referenciales del campo intelectual, la teoría de las CB tal cual resulta de los intentos auto-críticos contemporáneos a dicha experiencia, se evidencia como claramente expositora, por así decirlo, de los límites materiales de sus desarrollos posibles. Digamos en tal sentido, que esas tensiones parecen ser mucho más honestas y explícitas que otras evoluciones de las prácticas arquitectónicas, cuyas incipientes vanguardias hegemónicas desplegaban, en un marco de mayor “silencio” teórico, una mayor complacencia y adaptabilidad a la marcha del capitalismo periférico.

9. Habíamos señalado que el pragmatismo de la experiencia de las CB parte, en cierto sentido de una reflexión inductiva sobre la propia arquitectura, sobre sus elementos teóricos deducibles de la propia historia. Por eso, más que una influencia estricta de componentes del campo intelectual época del cual recién estableceríamos correlaciones, aparece una diversificada intención de configurar una postura a partir de una consideración del corpus histórico de la arquitectura, sobre todo, moderna: consideración en la que las operaciones de recorte y selección adquieren el estatus constitutivo del pensamiento en que intenta apoyarse la experiencia, al menos como puede deducirse de los textos de acompañamiento del surgimiento de los diferentes proyectos.

El elemento principal de referenciamiento histórico-teórico es la crítica a la arquitectura racionalista-funcionalista, que puede encontrar un importante apoyo en la búsqueda de posturas historicistas que relativizarían el furor vanguardista de los “maestros”: en el escrito citado en la ref. 37, hay un pequeño análisis de planteos de Mies y Le Corbusier que buscan presentar un arraigo de sus arquitecturas en interpretaciones del material histórico, sobre todo en sus aspectos de perduración tradicional.

Sin embargo, las críticas al pensamiento racionalista están muy matizadas: en el texto “Una casa blanca en Dolores”³⁸ la casa presentada es fuertemente criticada desde la perspectiva del

³⁷ R. Iglesia “Arquitectura blanca en Belgrano” artículo en NA 419, octubre de 1964, p.21.

³⁸ La referencia figura en el artículo firmado (aunque puede ser atribuido a R. Iglesia) “Una casa blanca en Dolores”, en NA 429, febrero de 1966.

funcionalismo circulatorio, una premisa de economía de medios significativamente operante en el credo racionalista. En la declaración de Ellis (ref. 33) se señala, como fundamento de su manera de proyectar, el estudio de “buenas obras de nuestro país, por ejemplo, la Casa del Puente de Williams, las primeras obras de Antonio Bonet, obras de SEPRA, del arq. Prebisch”: es decir, ciertos referentes posibles del impacto corbusierano en Argentina. En el texto de Iglesia para “Zodiac” (ref. 34) se agrega la mención de Sacriste, Caminos, Catalano, Kurchan, Ferrari Hardoy, aunque también se recepta la importancia del impacto de la obra de Wright, presentada en la visita de Zevi del 51, aunque luego se desemboca en el cuestionamiento al “internacionalismo” funcionalista: “Cuando (se inaugura Fátima) ya en todo el mundo se notaban síntomas de reacción frente a los que parecían inmutables postulados racionalistas: el organicismo norteamericano, nórdico o italiano, el neobrutalismo inglés del Team X y la nueva poesía de Le Corbusier. Pero la coincidencia en propósitos de todas estas tendencias no significa una coincidencia en las propuestas concretas. Algunas características comunes pueden anotarse, pero siempre sin olvidar las peculiares situaciones regionales, cuidadosamente respetadas por esta arquitectura que rechaza todo “internacionalismo” formal o despersonalizado”.

Pero, insistimos, la clave teórica es la superación del racionalismo funcionalista: en un texto ya citado (ref. 32) Iglesia lo dice así: “No se trata ya de defender con eficacia a los cuerpos del calor, el frío o la lluvia, ni de ofrecer un confort basado en la comodidad y en la lasitud, ni de llegar a todos lados por el camino más corto; sino de ofrecer a alguien que es capaz de pensar, amar, recogerse, darse, aislarse, temer, perdonar, regocijarse ante el arte, un ámbito donde ejercer y desarrollar esa capacidad. Sobre este ofrecimiento deberá basarse cualquier plan que tienda a proporcionar habitación a los hombres del mundo actual”. Sobre la base de una crítica implícita al rigorismo funcionalista de la Carta de Atenas, la teoría de las CB, “aggiornadas” por el existencialismo fenomenologista, intenta fundar una poética diferencial. De allí puede pasarse a una crítica del método clasicista basado en la composición o ensamblaje de partes analíticas en un todo (que como reconoce nuestro articulista Banham, en su contemporáneo “Teoría y Diseño...” supo advertir como fundamento de las poéticas compositivas modernas) que incidió, negativamente, en la gestación de “visibilismo geometrizable” que ahora (años 60) parecía cambiar, pasando, en el informalismo plástico, en la literatura de Robbe-Grillet y en una arquitectura distinta del predominio de lo visual a lo táctil. La crítica del paradigma racionalista conduce así, a valorizar el pintoresquismo romántico como alternativa válida: “El espacio resultante ya no en la conclusión de una serie de operaciones lógicas sino que es un espacio organizado e interrelacionado hasta el punto de tornar difícil el reconocimiento de los elementos básicos: es difícil reconocer la planta, los volúmenes o la silueta del edificio: Evitar este conocer de nuevo, este re-conocimiento fue justamente el propósito del

pintoresquismo romántico del siglo XIX”. Este deslizamiento configura un peligro: el hedonismo formal de la “arquitectura fantástica” (visible en cierta forma en las arquitecturas de Goff u O’Gorman) que Iglesia, en otro texto³⁹ se toma el cuidado de descalificar: “Aliada con la fantasía irracional, la arquitectura fantástica es la versión arquitectónica en el siglo XX del ingenuo progresismo del siglo XIX”. Basado en esa precaución, en el mismo texto, se valora la necesidad de mantener el criterio funcionalista de que la forma siga a la función. Segregándose de los peligros del “capricho” (los saltos juguetones de los cabritos) de la arquitectura fantástica, en el artículo “Un ejemplo de Córdoba”⁴⁰, luego de presentar los avances del último CIAM (Dubrovnik 1956) se dice: “La impracticabilidad de la arquitectura de Wright, la evolución de la obra de Le Corbusier y una atención más detenida de nuestra arquitectura colonial, llevó a muchos disconformes del “pilotis” y de la “terrace jardín” a intentar una arquitectura que evitara la irracionalidad del expresionismo y de la escuela carioca brasileña y que se expresara en términos propios. Es característica de esta tendencia una expresión medida, humilde y alejada de todo sensacionalismo y que, además, se resistía a ser solamente un eco de los últimos gritos europeos, o más específicamente, de las últimas tendencias de la Europa sajona”.

Volviendo al punto “positivo” de autoreconocimiento pintoresquista y romántico en esta experiencia citemos nuevamente a Iglesia (ref. 34): “El funcionalismo elaboró una morfología geométrica y siguió sin quererlo los pasos del neoclasicismo ... composición analítica, de diferenciación, que exalta el énfasis de cada cosa y que paso a paso, como por disección, va elaborando y componiendo el todo. Frente a este racionalismo analítico que permite y sugiere al espectador una percepción también analítica realizada paso a paso, sin confusiones, y que proporciona un goce principalmente intelectual más que sensorial, se postuló esta nueva arquitectura (la de las CB) que no busca una visión rápida del objeto que permita entenderlo rápida e intelectualmente. Esta nueva organización formal se basa en lo imprevisto, en lo inesperado, en la ruptura del orden inteligible. Así en esta arquitectura los volúmenes se articulan de modo que el todo no resulte en una forma simple. Las siluetas son recortadas e inesperadas y en este juego de ocultación y exhibición encontramos propósitos idénticos a los que en los siglos 18 y 19 animaron el “pintoresquismo”. Es decir, el “picturesque” inglés, que según Price alude a riqueza, variedad, súbito rompimiento de las formas, tosquedad, anacronismo, sorpresa.

Lo pintoresco se anuda con lo romántico. Sigue Iglesia: “Esta actitud (de las CB) es comparable con la del romanticismo, no en el sentido popular y peyorativo del término con que se señala irrealidad, irresponsabilidad, desubicación y en última instancia, enajenación en lo sensiblero, sino en un

³⁹ En “Bóvedas apuntadas para una arquitectura que se justifica en el pasado”, artículo en NA 426, julio 1965, p.21.

⁴⁰ “Un ejemplo de Córdoba”, artículo no firmado, NA 410, enero de 1964, p. 15.

sentido más exacto, según el cual se indica una actitud que define al hombre como un ser primordialmente sensible, actor y receptor del sentimiento: emocionante y capaz de emocionarse”.

10. Otras de las vertientes que podríamos detectar en los textos de las CB una referencia sustantiva al legado corbusierano, no desprovista, como vimos de cierta carga crítica respecto del Le Corbusier racionalista. La “conversión” del maestro en su actitud “brutalista” es valorada, en este corpus, como un gesto tendiente a la exaltación de lo sensible, y el cambio de poética, debe entenderse como una disminución de importancia de la aproximación intelectual, compositiva, neo-neoclásica, visual al problema arquitectónico. La posibilidad de un Le Corbusier “humanizado” (como aparecería en sus textos contemporáneos a estos años) citado, por ejemplo, en alguno de los escritos que estamos examinando (ref. 37 en este caso) alude a un artista más próximo al pensamiento personalista: “La historia, que se apoya en jalones, sólo ha conservado estos testigos leales (los grandes monumentos de los creadores): las imitaciones, los plagios, se hallan alineados más atrás, abandonados hasta destruidos. El respeto hacia el pasado es una actitud filial, natural para todo creador: un hijo siente hacia su padre amor y respeto”.

El reemplazo en Le Corbusier, de su concepción “máchine a habiter” por el de “machine a emouvoir” (ref. 34), la fuerte valoración de sus entonces recientes edificios religiosos (Ronchamp y La Tourette, ref. 36), el “tecnologismo pobre” del Corbu de las casas Murondins (ref. 32), el nuevo espacialismo celebrado en sus espacios abovedados (ref. 35), son algunas entre las tantas apelaciones explícitas, en el corpus teórico de los textos, al legado corbusierano, del cual se sobrevalora, sin duda, el momento “fundador” de la estética neo-brutalista, de la cual, al restablecer alguna situación de una internacionalidad sustitutiva de la funcionalista, la experiencia de las CB evidentemente, a través de dichos textos, se siente formando parte.

Podríase, en este aspecto, efectuarse algunas otras comprobaciones en dicho corpus textual, comprobaciones que podrán resultar interesantes a las horas de las críticas. Por ejemplo, las escasas menciones a las experiencias múltiples que reproducían y enriquecían, en cierta forma las propuestas del último Le Corbusier (véase luego nuestra nota 17), la extraña descalificación de Wright (del cual se valoran diferentes componentes, como la insistencia en la fluidez espacial o el “suburbanismo”, pero al que se lo considera “impracticable”, ref. 40) o una valoración, tampoco muy comprensible, del rigorismo miesiano (ref. 37 relacionada a la exaltación del material).

11 En este punto quisiéramos referirnos a cierto tono fuertemente historicista de la teoría emergente de los textos de las CB, no sólo como antes veíamos, con un sesgo marcadamente tendiente al presentarse dentro de vertientes románticas o pintoresquistas (dentro del tronco británico de estas manifestaciones), sino ahora, más bien en relación con el linaje colonial e hispanófilo. En este aspecto, el ya entrevisto como cuasi texto-manifiesto de Iglesia (ref. 34) tiene una importante

demarcación respecto del común interés por ese linaje que habría manifestado no sólo la entonces vigente postura casablanquista sino una anterior y descalificada postura neo-colonial: “Otros arquitectos (además de quienes se volcaban al naciente funcionalismo moderno) ligados a las clases terrateniente y ganadera, redescubriendo el estilo colonial, revalorando la tradición hispánica, tan ultrajada y calumniada por las generaciones “progresistas” de los inmigrantes. Este renacimiento no fue más allá de las formas y rápidamente fue más español que colonial: algunas estancias y algunas mansiones quedan aún como ejemplo de ese colonialismo aristocrático”. En la crítica referencia se percibe una velada alusión al Ricardo Rojas de “Eurindia” y al Martín Noel de la estancia Acelain, una velada referencia que tendría Iglesia, la oportunidad de aclararla, cuando en 1978 publica su “remake” del célebre artículo de “Zodiac”, esta vez bajo el más directo título de “La reacción antirracionalista de las Casas Blancas”⁴¹ que explícitamente encuentra tres vertientes en la arquitectura de las primeras cuatro décadas en Argentina: la racional-funcionalista, la “beaux arts” y la “latente y dormida tradición hispanoamericana” . De la tercera dice: “La tradición hispanoamericana revivió en las décadas del 20 y el 30. Ricardo Rojas puede ser tomado como ejemplo por analogía con su literatura podemos precisar los defectos que aquejaron a este revival arquitectónico. Rojas conjura los males del americanismo frente a un amenazante y “excluyente” “europeización”, buscando sin conseguirlo, un estilo americano : “Con estos elementos -se refieren al Rojas de “Eurindia”, de 1924- de exactitud polémica, de revalidación, de profecía, se integra su mensaje, que pierde profundidad y altitud al verse contenido en prosa remedada que oscila entre el floripondio que le ofreció el siglo en sus primeras fechas y un desaliño posterior que se nos aparece como obra de los restos frágiles y desconcertados que sobrevivieron a la derrota y muerte de aquél. Don Ricardo Rojas, escritor de mensajes, no dio con el mensaje de los mensajeros, -cita Iglesia al Dardo Cúneo de “Aventura y Letra de América Latina”, para concluir con la deductible crítica a los arquitectos neo-coloniales: “Del mismo modo algunos arquitectos- Martín Noel, Angel Guido, Pirovano, Arana y Repetto hasta llegar a la cercana estilización del colonial a manos de Alejandro Bustillo- buscaron un estilo invocando los espíritus de lo euroindio. Ese colonialismo no pasó el gesto evocativo, no tuvo estilo, a pesar de los esfuerzos de los nigromantes de turno”. En realidad, algunos de los activos impulsores del movimiento casablanquista, como Iglesia y Asencio –junto a tempranos historiadores como Schenone, Nicolini y otros emergentes del antiguo grupo de asistentes de Mario Buschiazzo- estaban dispuestos a emprender su propia tarea arqueológica, en busca de esencias coloniales hispanófilas, y así desarrollaron, también en “Nuestra Arquitectura”, la

⁴¹ C/R, nota 2, “ut supra”.

publicación de una variada tarea de análisis y relevamiento de arquitectura y arte de los pueblos del altiplano, de los que extrajeron numerosas fundamentaciones estéticas⁴².

Este seleccionado interés en cierta forma de utilizar los materiales históricos hispanófilos, permitió, mediante un propio esfuerzo documental,

diferencian los postulados de la teoría de las CB - en cuanto a la utilización de dichas fuentes (que supo encontrar un importante acervo de referencias formales y estéticas, desde el enjabelgado hasta una concepción fuertemente muraria de la composición de los recintos, y también respecto de las formas de generación de pequeños espacios abiertos, circunscriptos con murales o pequeñas tapias, etc. -respecto del estilismo nada riguroso en lo filológico que ya denunciaran textos a que nos referimos, en las “cultas” arquitecturas de Noel, Guido u otros neo-coloniales. La diferencia, estuvo además, situada en un preferente interés, para nuestros protagonistas, en el análisis de poblados altiplánicos, los que si bien tenían alguna arquitectura eclesiástica que era la particularmente interesante para ellos, resultaban de neto predominio de formas populares, de factura ascética y de una artesanidad muy frugal. Al mismo tiempo, en algunos textos críticos (ref. 39) se podía advertir una acerba descalificación de postulaciones historicistas volcadas directamente al arcaísmo, como aparentemente debiera haber ocurrido con la arquitectura de Caveri ulterior a Fátima: “La arquitectura de Caveri –dice el texto aludido, en que se presenta críticamente la casa Moore, de 1963- sigue las líneas tradicionales de la comprensión histórica: está en función del pasado y encuentra su justificación en él. Sin embargo Caveri ha explicado su arquitectura en función de una perspectiva histórica chardiniana según la cual la convergencia signa a toda la historia. A través de la arquitectura de la casa Moore no es posible distinguir tan ambiciosa postulación histórica. Frente a la obra lo arcaico predomina sobre toda postulación presente o por venir”. Este texto que, curiosamente apela luego a una célebre cita de Brecht -alguien aparentemente bastante ajeno al campo intelectual que hemos estudiado- constituye, por la negativa. Una exposición precisa de la funcionalidad de un sistema histórico referencial, el cual no sólo es abordado mediante una predisposición casi arqueológica, sino que es asumido, proyectualmente como un fundamento para posturas renovadoras más que arcaicamente tradicionalistas.

12. Esta última nota referida a los aspectos implícitos en el corpus de textos crítico-teóricos constitutivos de la experiencia bajo análisis, buscará aludir a algunas cuestiones generales vinculadas con las concepciones acerca de la sociedad y la historia, pero más precisamente acerca de

⁴² Los artículos referidos a relevamientos de poblados del altiplano abarcaron a muchos números de NA y los firman, entre otros, M. Asencio, H. Schenone, F. Ortíz, A. Nicolini, etc. La publicación fue organizada en varios ciclos y constan de artículos breves, con abundante material iconográfico recogidos en “campanas” de relevamientos. Un ejemplo es el artículo firmado por M. Asencio “Pueblos de encomiendas en la Puna jujeña: Cochino y Casabindo” publicado en NA 421, octubre de 1964.

la ciudad como escenario en que se hace predominante la construcción de una cierta teoría de la arquitectura⁴³.

La mayoría de los textos que hemos examinado y citados en notas anteriores, sitúan sus análisis comenzando por una caracterización de los entornos de implantación de los proyectos, casi siempre de carácter suburbano, en lo que parece ser una neta predisposición al contextualismo urbano: en efecto, cuando es posible (cuando existe cierta densidad o consistencia tisural de los emplazamientos) por ejemplo, en las casas Wright (ref. 35) o Caro (ref. 37) o en las casas Somoza o Camusso⁴⁴, se abre el análisis fundando el procedimiento proyectual en una cuidadosa adaptación a las condiciones tipológicas del hábitat (barrial) preexistente. En el caso de la casa Caro, en Belgrano, el examen arranca considerando las características urbanas del tradicional barrio, afirmándose que el ejercicio confirma cierta tradición local colonial, en verdad algo difícil de reconocer en el producto obtenido, que intenta ser valorado como perteneciente a dicha tradición cuando en rigor se trata de una de las propuestas menos vernaculares de la serie.

En otro ejercicio publicado, la casa De la Canal⁴⁵, el escueto comentario no firmado, habla de “estilo suburbano”, para tildar así un moderado chalet bastante convencional (o sea adaptativo a esa imprecisa noción amable de suburbio: la casa está en Monte Grande) que encuentra, como lo reconoce la nota, cierto sabor “casablanquista” únicamente en la organización del interior, y aún, meramente en el tono del mobiliario y de los adornos. Estas ideas suburbanistas, se afirman en otros referentes del corpus de obras, como las realizadas en el casi rural contexto de Las Lomas de San Isidro: la mencionada casa Moore (ref. 39) es así rechazada en su exagerado intento de aislamiento y autosuficiente, mientras la casa Fernández⁴⁶ parece valorarse como una inserción

Como una inserción más equilibrada en dicho entorno semi-rural. La presentación de una casa en Dolores⁴⁷, la casa Galtos, permite un cierto explayamiento sobre las características de los trazados coloniales, analizadas en relación con ciertos modos de vida: de dicho análisis se extraen algunos valores que parecen haber constituido, criterios definitorios del partido adoptado por esta propuesta, aún a riesgo de incurrir, como lo resalta el análisis, en criterios de deseconomía funcional desde la óptica del habitar moderno racionalista.

En resumen, podríamos colegir de la interpretación de los textos, un manejo del estrecho corpus de temas tratados (siempre alrededor de la vivienda individual) basado en criterios contextualistas cuando los vecindarios lo permiten (y en ellos, por lo tanto, prevalecerá el desarrollo de partidos

⁴³ C/R, artículo “Neo brutalismo en la localidad de Bernal” sin firma, NA 412, marzo de 1964.

⁴⁴ C/R, artículo “Ladrillo revocado y hormigón visto en Castelar”, sin firma, NA 424, mayo de 1965.

⁴⁵ C/R, artículo “Construcción moderna con un clima tropical” sin firma, en NA 422, marzo 1965.

⁴⁶ C/R, artículo “Una oportuna reacomodación de valores” una parte firmado por C. Iglesias Polli, en NA 414, año 19.....

⁴⁷ C/R, artículo “Una casa blanca en Dolores”, sin firma, NA 429, febrero de 1966.

“fuertes” en cuanto a la organización interna: importantes espacios interiores o patios) y, cuando, el contexto es más bien rural o suburbano, una mayor al tratamiento pintoresquista, de formas complejas y a veces anecdóticas. Sin que se lo diga de manera explícita en los textos, el conjunto de esta arquitectura apunta al desarrollo de unas relaciones arquitectura-ciudad basadas en los sistemas proyectuales emergentes de las “garden cities”: de allí, por otra parte, es que no puedan advertirse concomitancias concretas con estas teorías, de los tres edificios urbanos, que se presentan en el texto-manifiesto (ref.34) a que varias veces aludimos: el Hotel Municipal de Olavaria (construido) y los proyectos del Centro Cívico de Caseros y del Complejo Ministerial de Rawson, todos del grupo Berta-Boullón-Bustillo-Ellis.

13. Cumplida una primera revisión del corpus de textos escritos alrededor de la experiencia de las CB, pasaremos, a continuación, a una consideración de las obras, para lo cual dedicaremos ésta y las dos notas subsiguientes a fin de considerar:

- a) la serie “canónica” de obras
- b) un conjunto complementario de obras que complete nuestra consideración del hecho CB y
- c) algunos apuntes sobre lo que denominaremos provisoriamente, “efectos dispersivos”, es decir, prolongaciones de la experiencia CB en algunas referencias explícitas.

Con respecto al primero de los puntos señalados, podremos decir, de entrada, que estamos en presencia de un fenómeno histórico que produjo, durante su desarrollo, una autocalificación de su corpus, una definición de su serie de episodios, al menos, en cuanto fundamentalmente, a su producción de casas unifamiliares que, como dijimos varias veces, es la esencia de lo realizado. (A ese corpus básico se le sumarán dos pequeños edificios religiosos, siempre emergiendo, como “fuera de serie”, la presencia determinante de la obra más significativa, la iglesia Nuestra Señora de Fátima). Los documentos de presentación de la serie son dos:

- a) la exposición “14 Casas Blancas”, y
- b) la publicación de 8 obras en 8 números sucesivos de la revista “Nuestra Arquitectura” durante 1963 y 1964

El primer tema se desarrolló como una muestra denominada “La arquitectura argentina de hoy: 14 Casas Blancas”, en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, a partir del 7 de agosto de 1964. Era

la primera exposición de una serie dedicada a “La arquitectura argentina de hoy”, y a la postre, fue la única. Probablemente promovida por Samuel Oliver⁴⁸, incluyó estas obras:

- vivienda Galtos, en Dolores, de P. Amette.
- vivienda Fernández, en San Isidro, de M. Asencio, C. Fracchia, J. Garat, L. Gigli y R. Iglesia.
- vivienda Demaría, en San Fernando, del grupo anterior.
- vivienda Caro, en Belgrano, de J. Ballester y H. Caro
- vivienda Lapacó, en Martínez, de O. Bidinost.
- vivienda De la Canal, en Monte Grande, de J. Bonomi.
- vivienda Urtizberea, en San Isidro de C. Caveri y E. Ellis.
- vivienda Lepre, en Olivos, de J. Chute.
- vivienda Camusso, en Castelar, de J. Di Boscio y V. Pelli.
- vivienda Lanfranco, en Mercedes, de C. Doratti y J.C. Lanfranco.
- vivienda Wright, en Olivos, de J. Erbin, M. Goldman y H. Ramos.
- vivienda Soldatti, en Martínez, de J. Molinos.
- vivienda Requena, en Mar del Plata, de R. Requena.
- vivienda Ruíz, en San Isidro, de F. Ruíz Martínez y R. Saucedo.

El segundo conjunto supuso la presentación de 8 obras con sus correspondientes textos crítico-analíticos, según la siguiente lista:

- Nuestra Arquitectura 403, junio 1963: casa en San Fernando, ONDA.
- NA 404, julio 1963, casa en Altos del Talar, arq. E. Ellis.
- NA 405, agosto 1963, capilla del Sagrado Corazón, barrio Gral. Paz, arqs. Llauro y Urgell.
- NA 406, septiembre 1963, capilla del colegio Episcopal de San Isidro, arq. H. Escurra.
- NA 407, octubre 1963, casa en Lomas de San Isidro, arq. J. S. Chute.
- NA 408, noviembre 1963, casa en Ramos Mejía, arq. H. Beretta
- NA 409, diciembre 1963, casa en Martínez, SEBRA y arq. Molinos.
- NA 410, enero 1964, casa en Cerro de Las Rosas, Córdoba, arqs. Arias y Toronto.

En el número 411 (ref. 32) se publica un resumen de la serie y se anuncia la publicación de “expresiones concurrentes”.

⁴⁸ S. Oliver, era funcionario del Museo y a la vez un arquitecto afín a estas arquitecturas. Véase su proyecto de viviendas de veraneo en Las Toninas, publicado en SUMMA, diciembre de 1968, p. 33, este es el género de SUMMA presentado casi como una agrupación de casas semejantes a las del movimiento CB, pero a cargo de una serie de profesionales más arraigados en el naciente campo hegemónico disciplinar (Solsona, Rivarola, Bullrich, Borthagaray, etc.)

Las publicaciones ulteriores, también en NA, abarcan, entre otras, las siguientes:

- NA 412, marzo 1964, casa Somoza, ONDA.
- NA 413, abril 1964, casa en Córdoba, arqs. Díaz y Yadarola.
- NA 414, mayo 1964, casa Fernández, ONDA.
- NA 416, julio 1964, proyecto de Unidad Vecinal en Areco, Taller Ellis.
- NA 417, agosto 1964, pabellón de estudios en Córdoba, arqs. Maldonado, Capelli, Bravo.
- NA 419, octubre 1964, casa Caro, arqs. Ballester y Caro.
- NA 421, diciembre 1964, casa Wright, arqs. Erbin. Goldman y Ramos.
- NA 422, marzo 1965, casa De la Canal, arq. Bonomi.
- NA 424, mayo 1965, casa Camusso, arqs. Di Boscio y Pelli.
- NA 425, junio 1965, casa Requena, arq. Requena.
- NA 426, julio 1965, casa Moore, arq. Caveri.
- NA 428, septiembre 1965, casa Cuello, arqs. Rusiñol, Serra, Álvarez, D'Alessandro.
- NA 429, febrero 1966, casa Galtos, arq. Amette Paz.

En este punto, aunque seguirán publicándose “casas blancas”, nos parece oportuno cerrar la “serie”; incluso varias de las antes citadas ya carecen del “clásico” artículo crítico de Iglesia, siendo acompañada su publicación por escuetos resúmenes de su descripción técnica.

Pasando ahora, a un análisis de ambas series. Debe decirse que si la primera, la exposición, es relativamente ecléctica y acogedora de varias posturas a nuestro juicio divergentes; la segunda, que pareciera cumplir explícitamente una función demostrativa a modo de manifiesto ilustrado, es, a pesar de incluir dos edificios religiosos, un tanto más homogénea, si incluimos la inexplicable presencia de la obra cordobesa de Arias y Taranto y, en parte, la corbusierana ejercitación de Chute: tanto las obras como los artículos intentan estructurar la figura “movimientística” que se quiere desarrollar sobre este episodio; por eso, además, es mencionado en el artículo liminar de “Zodiac” una necesaria complementación ilustrativa con este conjunto de artículos.

La serie de las “14 Casas Blancas”, explicables por razones expositivas ampliadas del propio grupo o bien por exigencias de los “curadores”, aparece como más pluralista y a nuestro entender, podría incluir cuatro grupos de experimentos:

- a) un primer grupo, digamos, “ortodoxo”, integrado por las obras de ONDA, Caveri-Ellis, Amette y Lanfranco-Doratti: conjunto de 5 temas que exhibe algunos paradigmas proyectuales recurrentes: cierta complejidad de las plantas y las volumetrías, cierta deseconomía circulatoria –amparada en una explícita exaltación de los “recorridos”

complejos y los accesos más o menos retorcidos (que sin embargo puede llegar a ser bastante simple y aún torpes, como en la casa Fernández), -fuerte texturalidad en paredes –exteriores al menos- y pisos, etc.

- b) un segundo grupo, que podríamos tipificar como “pro-racionalista”, en el que predomina, si bien con la utilización de algunos componentes del sistema lingüístico –lo blanco, las voluntarias fuentes, etc.- cierta búsqueda más racional, alrededor de las plantas compactas o una espacialidad de sabor corbusierano racional (sobre todo en la casa Caro): incluimos en este grupo, además de la mencionada vivienda de Ballester a las de Requena y Chute.
- c) un tercer grupo, denominable como “neo-racionalista” (o más próximo a una modernidad “brutalista”, entonces más contemporánea a experiencias internacionales) en el que se podría incluir a la casa Wright –la más “moderna” e “internacionalista” del conjunto, que recibirá “reproches” por sus heterodoxias tipológicas y de lenguaje en la correspondiente publicación de NA (ref.35)- y las obras de Molinos y Bidinost, más cercanas a los trabajos brutalistas entonces recientes de Le Corbusier, y a la vez, de una factura tecnológica deliberadamente distante de la tendencia “casablanquista” a una exagerada exposición de recursos artesanales (a veces arcaizantes, como el trabajo murario).
- d) un cuarto y último grupo que podríamos calificar como propendiente a un cierto “contextualismo” tipologista-urbano: este grupo, heterogéneo en sí, incluiría los trabajos de Ruíz Martínez, Bonomi y Pelli, los tres de diferente propósito contextual: el primero ligado a formas habitativas típica de los suburbios norteños, el segundo ligado a una suburbanidad bastante próxima al estereotipo del “chalet” exento, el tercero ligado a una búsqueda de casa suburbana en tejidos más bien compactos. A partir de estas posturas contextualizantes, las obras de este grupo desarrollan variantes de lenguaje, a nuestro juicio ligadas con su interpretación de los contextos y a la vez, distantes tanto de las heterodoxias del movimiento cuanto de las referencias más internacionalistas de los otros dos grupos.

La serie de publicaciones que se insertaron en los números de NA que van del 403 al 410, pareciera en cierto modo, explorar, algunos ejercicios canónicos y luego analizar, supuestas realizaciones que acompañan las ortodoxias, para las cuales se elige una forma de criticarlas precisamente presentadas como distancias a esa respuesta ortodoxia. Por eso pareciera que la serie tiene dos mitades:

- a) la primera, que incluye las obras de ONDA y Ellis y las dos capillas, puede tematizar el “estilo”, incluso trabajando, por una parte, sus interrelaciones con el campo intelectual del que provendría la teoría (el filón “personalista”) y por otra, situando lo materiales como una alternativa dentro del “mapa” de la arquitectura internacional contemporánea (sobre todo en el caso de los edificios religiosos).

b) el grupo presentado a continuación, aborda, en cierta forma, una manera de aproximar “extraños” (en principio por tratarse de arquitectos más ajenos al sistema ideológico ortodoxo, casi todos ellos, más de “izquierda”) que en un grado de lejanía creciente (Berretta, Molinos, Chute, Arias-Taranto), no sólo detalla, críticamente, la magnitud de las divergencias, sino que en cierta forma, invita a la exploración de ajustes que permitan mayor homogeneidad de la experiencia, sin perder de vista, la importante posibilidad de un pluralismo ideológico que encauzaría de manera mas segura la aceptación genérica de los productos y la capacidad de disputa exitosa de la hegemonía del campo dominante en lo disciplinar. Por otra parte, la decisión de componer la serie que comentamos como una conjunción de propuestas “militantes” y una diversificada panoplia de “compañeros de ruta” (algo que también advertíamos en la exposición de las 14 Casas), explica la vocación expansiva de este inclusivismo que parecería alentar el momento fundante de la experiencia, a la vez que permitirá entender no sólo la disolución de la actividad canónica (sobre el 66) sino también la multiplicada fragmentación de variadas ramificaciones marcadamente independientes del impulso originario.

14. El grupo de obras presentadas “fuera de serie” en la revista NA, expande la presentación de estas viviendas, básicamente con dos obras nuevas, es decir, importantes a la vez que no integradas a ninguna de las series anteriores: la casa Somoza, en Bernal, de ONDA (ref. 43) y la casa Moore, en Lomas de San Isidro, de Caveri (ref. 39), la primera del año 61 y la segunda del 63. Estas dos casas pueden asumir caminos de desarrollos posibles de la experiencia, incluso en la forma en que es presentada su publicación: la primera con un texto anónimo, que dentro de una adscripción a una modernidad genérica más o menos impuesta, el neo-brutalismo, intenta aparecer como un ejercicio no revolucionario en lo estético, como una natural y tranquila respuesta a las necesidades de una familia de clase media en un suburbio metropolitano en ascenso, como una estabilización de la oferta de las CB a demandas bastante tipificadas, respondidas con la doble intención de un interior trabajado (con la ya tradicional plegadura de la cubierta o los incidentes de la luz), tanto como una adaptación al lote angosto de algunos valores del “patio colonial”: a medio camino, de la propuesta más audaz en lo tipológico y en lo lingüístico de la casa Wright, comparte con esta cierta discreción urbana y cierta acumulación interna de las novedades. Frente a esta propuesta de uno de los grupos fundadores –ONDA- que intenta no sólo conjugar moderación tradicionalista con contemporaneidad estética sino también, ofrecer términos de posibles seguras reproducciones profesionalistas, la otra casa suplementaria, la casa Moore, acusada de flagrante arcaísmo en el crítico artículo con que la presenta Iglesia, tiene ya el provocador destino de desestabilización de las ortodoxias profesionalistas en que se encuentra ya, definitivamente embarcado, su autor, Caveri. A fin a los

experimentos utópicos-artesanales de la Comunidad Tierra –el asentamiento cristiano primitivo que Caveri abre en el suburbio bonaerense de Moreno en 1958-, lo paradójico de la casa Moore, un ejecutivo de la moderna y nacional entonces, empresa Siam, es su insólita recurrencia en un programa residencial común, sólo explicable, según el texto de Iglesia, por la romántica intención antiurbana de conformación de un bastión familiar, turbadoramente presentado en el medio semi-rural de su implantación, como un desafiante e irrepetible gesto de huída de la ciudad. La confrontación virtual de ambas casas, la Somoza y la Moore, tiene la virtud de mostrarnos, al fin del período fundacional de la experiencia, las vertientes con que algunos de sus protagonistas principales intentaban prefigurar el destino o la fortuna de sus proposiciones.

Por otra parte, publicaciones que completan el ciclo de las antes anotadas, cumplen la función de presentar como una generalización de las propuestas de las CB, sobre todo apropiada para pequeñas viviendas unifamiliares generalmente construidas con créditos públicos, como la casa Cuello, de apenas 50 metros, o el pabellón posterior de una casa cordobesa. Digamos de paso que varias casas de la serie de las CB, fueron inscriptas en operatorias crediticias de las habituales en los años 60 (por lo menos así se indica en la publicación de las casas Fernández, Somoza y Camusso: esto induciría al doble proyecto de estudiar como estas casas se configuraron en acuerdo a las estipulaciones de esas operatorias y, como, por otra parte, co ayudaron a la normativas consecuentes). Por el lado de estas pequeñas realizaciones, que a veces entraron al terreno de las ampliaciones o de las “decoraciones” (como por ejemplo la discoteca Mau Mau, que revelaría el acogimiento de pautas formales “casablanquistas” en un universo consumístico sofisticado), se abre, quizás, una de las maneras de analizar los efectos “dispersivos” del movimiento.

Cierta intención de disputar, desde un campo institucional bastante diverso –sea por la trayectoria de los arquitectos involucrados por el perfil que buscaba obtener en el campo profesional del vanguardismo hegemónico la revista que ahora señalaremos- parece revelarse en un número especial de SUMMA, el 14, de 1968 (ref. 48), que trabaja una presentación, en cierta forma, de alternativa disputa del legado “neo-brutalista”: la publicación de las casas Pérez (del arq. Borthagaray en Punta del Este), Wainberg (de la arq. Cazzaniga, en el porteño barrio de Belgrano), de casas de veraneo en Santa Teresita y Las Toninas (del grupo Solsona y del arq. Oliver, respectivamente, sobre las costas atlánticas de la provincia de Buenos Aires) y del casco de la estancia La Peregrina (de los arqs. Soto, Trainé y Rivarola, en Entre Ríos) busca, sin mayores discursos teóricos, señalar la disponibilidad lingüística global sobre la que había sido trabajada la tradición casablanquista pero llevada ahora, a una tematización claramente vinculada al esparcimiento y el ocio, casi un preanuncio de la fortuna de la difusión casablanquista en los numerosos countries y boatings de los años 70 (c/r: las arquitecturas de Kokourek o Samuel Flores, o las reelaboraciones del grupo Solsona en Solana del

Mar). Este uso táctico de un lenguaje que había intentado ser trabajosamente constituido en el marco de una ideología bastante pretenciosa (imbuida como vimos, del paradigma social-cristiano) queda elocuentemente expresado en las palabras con que Borthagaray comenta su casa Pérez: “La casa deriva su fuerza estilística de dos fuentes fundamentales: una la eficacia secularmente comprobada de la tradición mediterránea, con sus aportes de contundencia, claridad y alegría; la otra, el enriquecimiento constantemente recreado de una compleja ambivalencia manierista dado por el abandono de la búsqueda de una pureza clásica, en aras de un eclecticismo contradictorio, oportunista, que quiere integrarse en la casuística de la vida”⁴⁹. Tanto esta obra, como la casa Wainberg y el casco de La Peregrina, avanzan en una “apropiación” profesionalista de las propuestas estilísticas del último Le Corbusier, buscando diferenciarse, sobre todo, en una cierta pulcritud constructiva y en los acabados, de las “beligerantes” posturas de la ortodoxia casablanquista: su emergencia, demuestra en cierta forma, a la vez, el “triunfo” del combate a la ortodoxia racionalista que protagonizó este movimiento, cuanto su integración en el marco ecléctico (y táctico) de las vanguardias profesionalistas. Esta circunstancia puede complementarse al tratamiento crítico–historiográfico que les dispensará Bullrich⁵⁰ al seleccionar, como representativas de las viviendas individuales de los años 60, un conjunto que contiene las casas Demaría, Fernández y Ellis, junto a La Peregrina, a una casa en Chapadmalal del propio Bullrich y a la casa Michel-Robirosa de Testa: es decir, un conjunto “profesionalizado” capaz de exhibir la generalización de los rasgos casablanquistas en el cuerpo hegemónico de las respuestas vanguardistas de esa década, en una misma búsqueda de individualidad que no siempre es sinónimo de sobre elaboración o artificiosidad”. Para Bullrich también será sugestiva la predominancia de un neo-brutalismo corbusierano –que ejemplifica con las casas del citado número 14 de “SUMMA”- cuanto de tres obras que testimonian esa filiación: la gobernación de La Pampa, la escuela Alem y la iglesia de Fátima.

Alinear estas experiencias como partes semejantes de un mismo tronco referencial –la influencia corbusierana- supone una cierta intención de figurarlas, como oferta disponible y coyuntural, dentro del cambiantes espectro de las transculturaciones, que nos deben tranquilizar respecto de la imperiosa búsqueda de una identidad inasible.

Aunque, según Bullrich, Fátima suponga, citando parcialmente a Ellis, una búsqueda neocolonial o una recreación del legado brutalista corbusierano, constituye, al menos para el desarrollo de la experiencia que analizamos, un ejercicio pleno de investigación compleja: sobre el lenguaje, sobre la

⁴⁹ Cita de J. M. Borthagaray a propósito de su casa Pérez, publicada en SUMMA 14, p.24.

⁵⁰ El enfoque “disolutorio” de la experiencia de las CB y el intento de agrupar a otras formas estas experiencias lo hace F. Bullrich, en su artículo del SUMMA 19, (ver notas 18 y 64).

tecnología, sobre la relación arquitectura-ciudad, sobre la relación forma-función y la recreación del programa. Estas búsquedas, si bien tuvieron una precisa ubicación extra o suburbana –como las investigaciones más o menos contemporáneas que suponen, por ejemplo Saynatsalo o la Hostería de San Javier, de Soto y Rivarola, estaban, a la vez, que marcando interesantes caminos de reelaboración regionalista de las duras ortodoxias funcionalistas, los límites de aplicación de estas ideas, precisamente demasiado ajenas a la consideración de las problemáticas esencialmente metropolitanas. Por eso, cuando Caveri pude hacer, en un registro arcaizante, tanto su proceso de instalación de la Comunidad Tierra cuanto su casa Moore o su propia casa sin planos, en Moreno, puede caer fácilmente en la dificultad de conceptualizar el alcance de las propuestas, al desarrollar su utopizante proyecto para el concurso de la Biblioteca Nacional, una especie de conquista desesperada del centro urbano y de programas complejos mediante el puro expediente de un diseño aditivo en base a espacios abovedados. En cierto modo, pareciera que el modo de producción de los proyectos casablanquistas, basados en una artesanía tecnológica pero además en un trabajo extremadamente individualizante y personalizado, estableció los términos de una dificultad insalvable para transferir estas propuestas a un alcance mayor en la órbita de las escalas arquitectónicas como en la capacidad organizativa profesional para abordarlas. En este último aspecto, la disputa por la hegemonía disciplinar no tuvo la capacidad de confrontarse, además del sustrato ideológico, en los necesarios desarrollos organizativos de la producción proyectual, por ejemplo, por la marcada dificultad en la participación en un instrumento clásico de comitencia profesional de esos años, como fueron los concursos. Ya vimos, por ejemplo, que sobre todo el grupo Ellis – Berretta – Bustillo - Boullón, ganó algunos concursos e incluso construyó el Hotel de Olavarría (así como el grupo ONDA, junto a Salas - Billoch, hizo en 1959 el Hotel de Turismo en Mercedes, Corrientes) pero a través de unos planteos de arquitectura que nos parece, ya tiene poco que ver con el “sistema proyectual” de las CB, aunque dentro de una voluntad reproponedora de las ortodoxias racionalistas: de todas formas, tal vez podría decirse, a propósito de esos proyectos, que están tergiversados por las imposiciones de un modo de producción profesional (el concurso, el programas, etc.), con lo cual, como hipótesis podría concluirse, en este aspecto, señalándose la incompletitud del proceso teórico de las CB en cuanto a la posibilidad de desarrollar innovaciones concretas en el campo de las formas de producción del proyecto (como, por caso, pudo hacerlo Fhaty en Egipto o Kroll en Bruselas, por mencionar casos diversos de desarrollo de las formas de producción del proyecto).

15. De los “efectos dispersivos” del fenómeno de las CB debiera dar lugar una investigación en si misma y en parte, en la forma en que esos episodios dan curso, por así decir, a una teoría activa en el presente, intentaremos decir algo en la parte II de este trabajo (al intentar demarcar su “historicidad” en tanto disposición de un sistema de rasgos operables o reproducibles) y también en la parte III (al

deducir no sólo las limitaciones –o el “techo” de la experiencia- sino, a partir de tal delimitación, la posible existencia de una corriente posible en el seno de las diversas prácticas disciplinares de construcción de la ciudad).

En este punto, enunciaremos algunos efectos de dispersión de la experiencia, más o menos constatables, de acuerdo a la documentación disponible (aunque estos efectos supongan, más bien, hipótesis a verificar) y de los sucesos vinculados con los propios hechos principales ya considerados (textos, obras, acción –en suma- de los protagonistas u operadores principales de tales hechos). En ese sentido, es que pueden anotarse las siguientes cuestiones:

- a) el fenómeno acusa una especie de repercusión popular más o menos simultánea a su apogeo: esto se evidencia no sólo en el éxito de público de la muestra que referimos sino, por ejemplo, en la aparición de una serie de referencias en revistas de interés general (Primera Plana, Mundo Argentino)⁵¹. Esta repercusión, será concomitante a una recepción bastante múltiple de “ofertas” del lenguaje al nivel del gusto urbano de las clases medias, no sólo en Buenos Aires sino en muchos sitios del interior (Tucumán, Salta, Córdoba, Mar del Plata, La Plata, Rosario, Corrientes, etc., donde por otra parte, se formalizan ofertas concretas de grupos profesionales diversos). Esta “popularización” de los lenguajes se expresará, no sólo en función de demandas precisas de arquitectura, sino más bien de un sistema objetal diversificado que apunta más que todo, a la conformación de un estilo “ambiental”, decorativo, organizador de “escenografías” domésticas, por así decirlo.
- b) existirá, como vimos en las referencias de las publicaciones de SUMMA, una especie de “ascenso” del estilo a las manipulaciones disponibles por parte del sector profesional hegemónico, al menos en relación a los programas residenciales. Esta “aceptación”, como también señalamos, estaría más bien dignificada por la recepción de una tendencia internacional a los vernacularismos, a una suerte de “folk” brutalista que coincide con la difusión de textos de tenor antropologista, como los de Rudofski, Goldfinger, Rapaport, etc.⁵². Será curioso constatar como esta “internacionalidad” es bastante ajena a las referencias latinoamericanas.

⁵¹ Hubo, parece (y este debiera ser otra vía de investigación del proceso descrito por nosotros de subculturación). Una cierta cantidad de menciones acerca del fenómeno CB en revistas de interés general. En el texto “El resumen” (ref.: 32), se comenta un reciente (febrero de 1964) artículo del semanario “Primera Plana”, que “ha señalado y pregonado en una equivocada nota el cristianismo-colonialismo de la última obra de Caveri” (Fátima). El artículo de R. Iglesia. “Nuestra Señora de Fátima : lo propio y lo ajeno. De yapa algo sobre las Casas Blancas”, apareció en SUMMA 231, noviembre de 1966. p.64, cita ampliamente un reportaje que se le habría hecho al padre Moreno, sacerdote de Fátima, aparecido en “Mundo Argentino” en 1958, bajo el título de “La iglesia de Fátima”, y sugestivamente firmada por Adelaida Gigli, una de las pocas mujeres integrante del grupo “Contorno”

⁵² La bibliografía antropologista sobre el hábitat popular era amplia al momento de configurarse la experiencia de las CB y mucho más amplia hoy, dado el interés creciente de este tema. Hacia mediados de la década del 60 ya estaban

c) emergerá un proyecto de subalternización o de subcultura de esta oferta, encarnado en la revista Casas y Jardines (del mismo grupo editorial de Nuestra Arquitectura) en la cual Victor Laruccia, un arquitecto que solía firmar algunas notas (sobre todo, técnicas) en NA, desarrollará una serie de proyectos en el estilo “casa blanca”, proyectos modestos que se acompañaban con el detalle de sus costos. Sería de interés constatar a quienes llegaban estos proyectos (seguramente a usuarios posibles, a maestros mayores de obra y también a arquitectos de prácticas barriales o del interior) y como se conectó este tipo de procesos con la proliferación subcultural, por así decirlo, del estilo casablanquista.

d) el tipo de enseñanza de algunos talleres de la FAU (sobre todo el del arq. Casares) generó, en muchos de sus egresados, una suerte de cofradía que si bien no podremos conectar con estricto, a la difusión de las ideas iniciales, lo cierto es que devendría en trabajos, casi siempre en escala residencial, que supusieron reelaboraciones del legado fundacional. Este breve considerado también podría dar lugar a constataciones más detalladas, pero baste mencionar aquí a varias de las obras de los arqs. Bellucci, Cortizas, Adesso, Castellani y otros⁵³, sin mencionar la pertenencia este campo

publicados, entre otros, los siguientes libros o artículos (señalados las fechas de edición original, para indicar su contemporaneidad):

- G. Childe: “What happenend in history” Penguin Books Harmonds Worth, 1961
- J. Dolfus. “Les aspects de l’architecture populaire dans le monde”, ed. A. Morancé, Paris, 1954.
- Eliade. “Cosmos and History: the myth of the eternal return. Harper and Row, New York, 1959.
- E. Gutkind. “Community and environment”. Watts and Co. Londres, 1953.
- E. Hall “The silent of language”, Fawcett, Greenwich, USA, 1961.
- E. Huntington: “The human habitat”. W. Norton, N. York, 1963.
- C. Levy-Strauss. “Structural antropology”. Basic Books, Nueva York, 1963.
- M. Mead. “Cultural patterns and technical change. Unesco, 1953.
- S. Moholy-Nagy. “Native genius in anonymous architecture”. Horizon, N. York, 1957.
- V. Scully. “The earth, the temple and the Gods”. Yale University Press, New Haven, 1962.
- A. Rapaport. “House, form and culture” Prentice Hall, N. Jersey, 1969.
- B. Rudofsky. “Architecture without architects” MOMA, N. York, 1964.
- E. Benincasa. “L’arte di habitare nel mezzogiorno”. Roma, 1955.
- B. Bunting. “Taos adobes” MnMp, Santa Fe, USA, 1964.
- Bertha Carr Rider. “Ancient greek houses”. Argonaut, Chicago, 1964.
- M. Castellano. “La valle dei Trulli”. Da Vinci, Bari, 1960.
- P. Djelepy. “L’architecture populaire en Grèce”, A. Norancé, Paris, 1953.
- G. Kidder-Smith. “Italy Builds”, Reinholds, Nuew York, 1955.
- C. Papas. “L’urbanisme et l’architecture populaire dans les Cyclades”, Dunod, 1957.
- J. M. Richards. “The functional tradition” TAP, Londres, 1958.
- M. Goldfinger. “The mediterranean town” y “The perforated wall” artículos en “Arts & Architecture”, 2-66 y 10-65.

Numerosos artículos en revistas “Architectural Review”, “Landscape”, “American Antropologist” etc.

⁵³ La revista SUMMA publicó en un número reciente:

(No se pudo leer del original) incluyó obras de L. Castellani, en V. Gesell y de H. Adesso en San Andrés de Giles, ambos formaban parte de los grupos socialcristianos que se aglutinaban alrededor del movimiento de las CB, en los primeros 60, sobre todo en relación, como el taller que funcionaba en los sótanos (encalados y abovedados de la iglesia de Santo Domingo, en la calle Venezuela, en el que también participaba el arq. R. Barbery, uno de los expertos en la restauración de edificios coloniales.

formativo de algunos arquitectos de la “generación intermedia” como Viarengi, Pasinato, Hampton, Frangella, Moscato, Schere, etc.

16. Esta nota se referirá a una puesta en contexto de la experiencia de la CB, dentro del desarrollo internacional de la arquitectura, en el sentido de establecer algunos procesos más o menos convergentes, dedicándose la próxima a una específica consideración del contexto latinoamericano.

En primer lugar, es preciso aludir al “grado de conciencia” que esa internacionalidad tenía en los propulsores de la experiencia que estamos analizando. En el ya citado varias veces artículo de “Zodiac”, se alude, en principio, al cambio superador que habrían experimentado los grandes maestros Wright y Corbu, en sus respectivas tendencias a “una arquitectura natural” y una “machine a emouvoir”, o sea, en suma, a una superación del “formalismo” “en si y por si”. El momento brutalista queda confirmado en tal nota, mediante la aceptación del “posibilismo” tecnológico del Le Corbusier de las casas “murondins” y del suelo-cemento o el Smithson defensor de la tecnología ladrillera, aún cuando este aludía a una tradición de la vernacularidad ladrillera que es de por si bastante sofisticada (como lo muestra en su escuela de Huntington, con sus cerámicas industriales, el “flashing” complejo, etc.). En el artículo de crítica a la casa Moore (ref. 39), se alude, sin mucho entusiasmo, a la arquitectura “fantástica” de Goff y O’Gorman, sin distinguir tampoco, las importantes diferencias entre estas dos referencias, sino para demarcar una “experimentación formal hacia delante” (en estos ejemplos) respecto de otro arcaísta (en la casa cuestionada de Caveri). Esta referencia a arquitecturas de fuerte expresividad espacial y formal se amplía en el artículo de presentación de la capilla sanidrense de Ezcurra (ref.36), ya que el tema religioso le permite al articulista inventariar varias posturas: desde los lejanos Gaudí, Sant Elía, Mendelsohn y Wright, hasta los casi contemporáneos Salerno, Pratt-Box, Lundy, Kiesler, O’Gorman, Goff, Guedes, Michelucci, etc.: ecléctico catálogo homogeneizado en una intención netamente especialista y de investigación de envolventes espaciales complejas (en la que también tendrán sitio otros contemporáneos, calculistas o estructuralistas, de entonces, como Candela, de la Mora, López Carmona, Perret). En el mismo texto se vuelve a mencionar a Smithson y en supuesta definición del neobrutalismo como “estética de cambio”. También existiría cierta alusión a una temática smithsoniana de entonces, en el artículo sobre la casa Wright (ref. 35) en que se alude al “paisaje interior” (el “inscape” de los ingleses). En el texto “El resumen” (ref. 32) se intentará una síntesis de las expresiones internacionales confrontadas al auge racional-funcionalista: “el neobrutalismo inglés, el neo-organicismo y el neoliberty en Italia, el historicismo estadounidense, y así siguiendo, reflejaron una tendencia distinta a lo que la arquitectura europea racionalista había logrado imponer, al menos teóricamente”.

El muy breve texto no firmado que acompaña la presentación de la casa Requena⁵⁴ hace una alusión a las relaciones con el contexto internacional: “Si tuviéramos que señalar en la Argentina parangones con el “neobrutalismo” europeo, esta obra figuraría entre aquellas que más participan de esa reacción contra las formas pulidas y prolijas de la arquitectura europea de las décadas del 30 y del 40. Esta postulación del material “natural” no está acompañada, como podría suponerse, por una arquitectura de composición wrightiana, sino que está resuelta según una actitud compositiva rigurosa, geoméricamente europea”. Las alusiones a una reacción basada en lo material y superficial, a la vez que el reconocimiento al “valor” de la composición rigurosa en planta (que empero, no parecer ser ni una condición del “pintoresquismo” ni algo visible en la mayoría de los ejemplos de las CB están reconocidos, en esta mención como una conveniente repercusión de tendencias europeas contemporáneas. Al margen de lo apuntado en los textos que forman nuestro corpus teórico del movimiento, la genérica alusión a los fenómenos contemporáneos de la reacción antirracionalista europea (que encuentran menciones en los textos estudiados en cuanto a la referencia del último CIAM y al emerger del TEAM X problemáticas ingresadas por entonces en nuestro país a través de un texto resumen de O. Newman) existían un conjunto de experiencias básicamente europeas (reseñadas en las variadas antologías preparadas en los años 60 por John Donat) en que empezaban a percibirse algunas experiencias concomitantes a las del contexto local: como las obras africanas del grupo ATBAT, de Woggensky, Candilis, Simounet, los primeros trabajos de Stirling-Gowen, Cullinan, Baker, Ridolfi, Conderch, Grung, etc. Obras en la que se tematizaba variadamente el legado mediterráneo, el corbusierismo brutalista, las formas complejas, las texturas poderosas, en base a la exposición cruda de materiales “naturales”, las plantas complejas y de circulaciones y espacios trabados, el apego a formas propias de arquitecturas vernaculares o “folk” etc.

17. Esta última nota de la primera sección de nuestro trabajo busca apuntar unas referencias sobre las experiencias latinoamericanas que se desarrollaban más o menos contemporáneamente a las experiencias de las CB. En principio, excepto una no muy favorable alusión a la obra del mexicano O’Gorman, no encontramos mayores referencias, a pesar, de que como creemos, existen algunos desarrollos de características semejantes en algunos aspectos.

Comenzando con una somera referencia a la arquitectura mexicana, durante la década del 40 se dio allí un proceso de reacción al funcionalismo internacionalista (que de formas, fue utilizado brillantemente a la hora de atender la demanda de arquitectura social en el cardenismo): la casa que hiciera Enrique del Moral en la calle Ramírez, en Tacubaya, por los años 40, es un buen referente de algunas inquietudes compositivas y lingüísticas semejantes a las del ulterior movimiento

⁵⁴ C/R: NA 425, junio de 1965, p.45.

casablanquista. La casa de O’Gorman, en el Pedregal de San Ángel, construida entre 1949 y 1952 –y hoy destruida- fue la “piedra del escándalo” acerca de los peligros del proceder puramente “fantástico”, pero supone un punto de llegada-artistizante barrera fuertemente personalizada de un proceso, el “pobrismo” mexicano, que junto a los trabajos de O’Gorman, conformaron Mendiola, Legarreta, Serrano, Segura, Villagrán: es decir, una “apropiación” comprometida del rigorismo funcionalista que supone una temprana revisión regionalista del paradigma internacionalista, capaz de producir un movimiento notable en la arquitectura latinoamericana, así como poco estudiada⁵⁵.

Para el caso uruguayo sobresalen las aportaciones de Paysee Reyes, de la década 55-65, como la casa que hizo para sí, justamente reconocida como un ejercicio de renovación de las ortodoxias racionalistas y de desarrollo de un lenguaje trabajosamente vernacular, casi rural. El otro gran referente es Eladio Dieste, sobre todo por el enfoque tecnologista austero y la proveniencia de un mismo tronco ideológico cristiano que se expresa en cierta manera de tematizar el orden comunitario, de forma concomitante a las posturas de J. P. Terra, un gran líder democristiano uruguayo, de importante trayectoria en propuestas urbanas y de influencias reconocidas entre los miembros progresistas del cristianismo local embarcados en cierto sostén intelectual de las CB. (como por ejemplo Luis Morea, un “pater” ideológico de este movimiento, aunque siempre crítico de sus tendencias o realizaciones aristocratizantes o elitistas). El texto que le publicara el IAA porteño en 1963⁵⁶ –bajo la firma de J.P. Bonta- no sólo transmite algo del pensamiento comunitarista del ingeniero Dieste sino que muestra, sin fechar, la casa que este proyectara para sí en la calle Mar Antártico que tiene cierto sabor casablanquista, aunque se trata de una propuesta mucho más situada en un puro construir en base a la tecnología del ladrillo, cuya espacialidad virtual supo Dieste conducirla hacia otras posibilidades proyectuales, sobre todo el hábitat industrial. Otros trabajos ya más recientes, de Monestiero de los diversos grupos aunados en la Federación Cooperativista de Vivienda, desarrollaron hasta hoy experiencias convergentes a la de nuestro análisis.

El caso chileno, último que consideraremos, tiene toda una tradición vinculada con ciertas elaboraciones del legado racionalista, que en algunos casos, como en los Fernando Castillo, Cristian de Groote o Mario Pérez de Arce (en viviendas individuales, en “comunidades”-como los pequeños conjuntos de Castillo-o en grupos multifamiliares marginales –como los conjuntos del norte desértico del grupo Castillo-Bresciani o de Pérez de Arce-) destacan por su ascetismo, complejidad

⁵⁵ Hay abundantes artículos respecto de estas experiencias en el periódico “Traza” 1 a 9, publicado entre marzo de 1983 y febrero de 1985. Mencionados, por ejemplo, el artículo de C. González Lobo “Una presentación de la obra de Enrique del Moral”, en “Traza” 3, julio 1983, p.3.

⁵⁶ J. P. Bonta “Eladio Dieste” Ediciones IAA, colección Arquitectos americanos contemporáneos, número 6, Buenos Aires, 1963.

compositiva, adaptación renovada de tipologías tradicionales, desarrollo de tecnologías artesanales, etc.

En Chile, como característica singular, deben mencionarse dos episodios vincunables con preocupaciones teóricas confrontadas al pragmatismo racionalista: una la comunidad de Ritoque, en Viña del Mar⁵⁷, otra, la actividad teórica del pensador J. Borchers y su discípulo J. Suárez⁵⁸.

La primera de las experiencias mencionadas arranca en las postrimerías de los 50, como iniciativa de Alberto Cruz –un visitante de la rue de Sevres corbusierana- que inaugura unos cursos en la Universidad Católica de Valparaíso dando a la vez, iniciativa a la fundación de una ciudad costera, Ritoque, signada por una aproximación esotérica y romántica a la arquitectura, y cargada de claves existenciales y confrontadas a los principios racionalistas funcionalistas: se trata de un conjunto de casas y edificios connotados por una peculiar estética de la complejidad, de los materiales de desecho elaborados mediante altas dosis de mano de obra artesanal y resultados de marcada aleatoriedad o casualidad: se trata, en cierto modo, de una experiencia paralela a la Comunidad Tierra de Caveri.

El caso de los escritos de Bochers-Suárez sitúa una perspectiva teórica para la arquitectura, como deducible de lo esencial de un pensar existencial y de una práctica poética : una construcción teórica, iniciada formalmente en 1968, que tiene sugestión en cuanto a su concomitancia con el pensar heideggeriano fenomenologista..

⁵⁷ Sobre este tema no hay mayores publicaciones, excepto en algunos medios chilenos. Entre nosotros, ver el artículo de E. Browne “La ciudad abierta de Valparaíso” Sigma... número 50, Córdoba-Mar del Plata, abril de 1987, p. 16. El autor señala que el artículo está basado en conversaciones con Alberto Cruz, “alma mater” de la iniciativa: pude compartir con Browne y Rogelio Salmona una de esas conversaciones en Viña del Mar, seguida de una larga visita al asentamiento costero, en ocasión de nuestra visita a Chile en la IV Biental de 1984. La conversación, la obra y el diálogo con sus habitantes nos permitió advertir una profunda y extraña concepción esoterista, mística, basada en una “función poética” asignada enfáticamente a la arquitectura.

⁵⁸ Los textos publicados de Juan Borchers(un pensador absolutamente dedicado a la teoría de la arquitectura, que nunca construyó y que era subsidiado por amigos, que esperaban como iniciados, las escasas oportunidades en que Borchers leía sus escritos en sesiones públicas) fueron “Institución arquitectónica” editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1968, y “Meta Arquitectura” ediciones Mathesis, Santiago de Chile, 1975, textos que registran las intervenciones orales de Borchers: el primero entre 1964 y 1965; el segundo es un largo discurso sobre las matemáticas. Borchers publicó además en, “Hogar y Arquitectura”⁸⁷, Madrid, abril de 1970, dos escritos más: “La medición como sustrato del fenómeno arquitectural. Con cantidades crear cualidades” y “Lectura de una obra plástica”. Isidro Suárez, (arquitecto de una profunda cultura y también un teórico pleno a quien conocí en 1984 y 1985, recientemente fallecido) fue su discípulo y publicó en ediciones casi inaccesibles “Organización, filosofía y lógica de la programación arquitectural” varios textos también resultantes de lecciones orales dadas entre 1975 y 1978 en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. Recientemente, 1986, esta Escuela publicó, como homenaje póstumo, su “La refutación del espacio como sustancia de la Arquitectura”. Queda como tarea pendiente una investigación detallada sobre estas contribuciones a un pensamiento esencial y existencial del hecho arquitectural.

III Interpretaciones

18. El problema de las interpretaciones constituye un punto sustancial de la articulación entre historia y teoría. Al respecto, dice Heller⁵⁹: “La atribución de motivaciones a los protagonistas

De acuerdo a los planteos de Heller, los fines de un trabajo analítico-teórico el de obtener o alcanzar objetivos: objetivos que deben entenderse como elementos de máxima garantización en el logro de interpretaciones admisibles (las más admisibles) de los hechos considerados. Para llegar a esos objetivos, deben manejarse hipótesis o modos de organización del trabajo analítico-histórico, formas de otorgar “historicidad” a los hechos: según nuestra autora esa historicidad debe conferirse por dos vías.

- a) hipótesis que diferencien el presente histórico de la mera época presente.
- b) hipótesis que permitan atribuir motivaciones a los protagonistas.

Ahora bien, creemos que estas cuestiones, las de una cierta historicidad de los hechos y las de las motivaciones de los protagonistas, están articuladas entre si por un determinado posicionamiento de los hechos (sujetos y objetos) como una totalidad provisoria y fragmentaria en un campo contextual. Dicho campo contextual, es para nosotros el complejo de prácticas de construcción de la ciudad (con lo cual definimos como contexto un conjunto de procesos –las prácticas- y no productos u objetos): al análisis histórico supone la correlación del conjunto de hechos, los de la cuestión “casas blancas” en este caso) con ese contexto, en sentido amplio, el complejo de prácticas de construcción de la ciudad. Esta correlación de hechos-contexto deseamos establecerla en torno de algunos elementos, a nuestro entender, significativos en la dinámica del complejo de prácticas de construcción de la ciudad, y en ellas, las de la arquitectura.

- a) el problema de la producción proyectual, entendido como el espacio institucional que contiene pujas de diferentes grupos en pos de una cierta hegemonía en el ejercicio de esa producción (y, por ende, en el control estamentario institucional: una parte de esta problemática de la hegemonía de la producción será la expresada en torno de la dinámica de las vanguardias, aunque a nuestro entender, esta estaría, al menos entre nosotros, fuertemente ligada a los problemas de articulación con exponentes externos : véase más adelante el ítem c). Estas situaciones verificables en el campo de la producción proyectual tienen que ver con la institucionalización de un conjunto discreto de operaciones proyectuales (sobre todo, en relación a decisiones o selecciones sobre las tipologías del habitar –en donde se expresaría

⁵⁹ C/R. A. Heller, op. cit., nota 1, p. 64.

con mayor fuerza el fenómeno de las transculturaciones-, sobre los procesos tecnológicos y sobre los componentes del gusto o los invariantes del lenguaje) y sobre estrategias definidas respecto de instrumentos de homogeneización funcionales a la constitución de un grupo de productores (esos instrumentos serán en principio las revistas y las escuelas).

La disputa endógena acerca de la hegemonía disciplinar constituye un factor sustancial de historicidad -en tanto acción diferenciada del mero presente-, fundamentalmente porque tal disputa supone un proyecto de legitimidad de las prácticas : en los términos de la modernidad, aún la periférica, la dinámica de control del estamento disciplinar y la puja por una condición hegemónica que podemos reconocer como tendiente a la formalización de las “vanguardias”, es en si, una situación esencial de búsqueda de legitimidad. La verdad o legitimidad disciplinar aparecerá, mediada respecto de la sociedad, por una problemática esencialmente estamentaria.

b) si la cuestión anterior puede dar curso a una teoría (como interpretación más admisible) que deducida del análisis crítico-históricos puede identificar o recortar un estamento significativo de las prácticas proyectuales disciplinares, un segundo plano de productividad del análisis crítico-histórico, de cara a la intención de aprehender el conjunto de las relaciones entre las diferentes prácticas de construcción de la ciudad, consistirá en el examen de lo no constitutivo de las antes mencionada dimensión endógena (o intradisciplinar) del proyectar, sino de que supone la “dinámica de subculturas” que, como consecuencia de distintas estrategias de reproducción de modos de proyectar, configura un campo de producción exógeno u orbital respecto de las prácticas estamentarias, pero articulado : en ciertos casos, esto es lo que puede analizarse como “irradiación” o “banalización” de la producción arquitectónica moderna. Estas articulaciones de prácticas “altas” y “bajas”, si bien pueden resultar consecuencia de dinámicas sociales y culturales mucho más complejas que las propias del proceso de producción, consumo y circulación/reproducción: controladas por el funcionamiento institucional disciplinar, no pueden quedar ajenas a la consideración de un fenómeno histórico, como en nuestro caso, el de las CB, en parte porque está claro que las motivaciones (y el destino socio-productivo) de algunos protagonistas está determinada o fuertemente tensionado por estas dinámicas.

c) Si los dos pasos señalados en los ítems anteriores supone (a) aquél de verificación de pertenencia a una cierta condición de búsqueda de hegemonía en el campo disciplinar (búsqueda ligada a la conformación de un status de legitimidad o verdad de lo producido), que supone a su vez, una cierta clase de homogeneidad productiva y (b) el de una situación en una determinada dinámica de articulación de prácticas de “altas” y “bajas” en mecánicas de irradiación o banalización (conscientes u operantes o no en la subjetividad de los

protagonistas), existe un tercer campo de problemas que es el que surge de situar estas experiencias (las de la búsqueda de la hegemonía y homogeneidad disciplinar y la de las dinámicas de subculturación) en el contexto de la modernidad internacional. Para este análisis parece productivo postular más que un supuesto flujo “afuera-adentro” (más o menos verificable en los diversos análisis de “transculturaciones” derivados de formulaciones de la teoría de la dependencia y explicativos o bien de un “afuera” extremadamente eficaz en las estipulaciones productivas para las “periferias” o bien de mecánicos actos de reflejamiento de disciplinados productores locales), un flujo “adentro-afuera”, dado en el concepto de “apropiación”, entendido como mecanismo de adaptación/contextuación/reproducción de elementos de culturas ajenas: mecanismo, por otra parte, pasible de un análisis de efectividad en los logros de concretas apropiaciones en lo cultural (por las vías de la pertinencia/economía de lo producido y por las caracterización de la “calidad de los consumos”).

En rigor, en la arquitectura argentina (o latinoamericana, en general) estos procesos suponen, sobre todo en el campo del lenguaje (tanto a nivel de las estéticas como en las “performances” tipológicas, es decir, fundamentalmente el trabajo de la “composición”) no una característica más de la producción arquitectónica, sino el problema básico, el núcleo de la producción proyectual, comprometiendo adicionalmente, por así decirlo, la posibilidad de la “autonomía” de tal producción. Es decir, que sostendríamos que uno de los elementos de “identidad” constitutiva de una experiencia más o menos homogénea cualquiera de la arquitectura moderna latinoamericana, vendría dada por las características de apropiación de referentes externos, genéricos, “universales”. Ahora bien, una de nuestras suposiciones cruciales, es que esta cuestión de la apropiación define o redefine las ya citadas, es decir:

- (1) serán fundamentalmente las distintas estrategias de apropiación de referentes externos aquellas que recortan con nitidez las tensiones propias del campo disciplinar y sus búsquedas de hegemonía/legitimidad, contribuyendo no poco, a la definición de la homogeneidad del producto y procesos proyectuales. Un ejemplo de esta demarcación puede darse en la tan diversa fundamentación de “apropiaciones” de referencias externas (las del neo-brutalismo en este caso) que surge, demarcando para comunes operaciones lingüísticas muy diferentes proyectos disciplinares de la comparación entre, por caso, los criterios que revisamos de la teoría de las CB (ref.: punto 9) y los comentarios de Borthagaray, a su casa Pérez (ref. 49, punto 14): y
- (2) la “conciencia” (dentro del proceso de producción del proyecto) acerca de la dinámica de subculturas también varía con relación a las influencias externas: las CB

intentan, por una parte un análisis arqueológico de prácticas históricas populares (la arquitectura altiplánica, la que si bien deviene de formulaciones “altas” –las del modelo proyectual eclesiástico “menor” configura en si, un residuo eminentemente integrado a modos productivos asimilados a producciones “bajas”), mientras que aquellas posturas (vistas en la nota 14) que parecen acompañar el gusto por esta formas “anti-racionalistas”, prefieren su legitimación como “ascensos” devenidos de “arquitecturas populares mediterráneas” (nuevamente cita de Borthagaray, ref. 49) es decir, arquitecturas populares primero instituidas como referencias por la “teoría” europea (en este caso, el sofisticado manierismo corbusierano brutalista). Pero, por otra parte, las prácticas “altas” conformadas por las CB parecen también interesadas en el análisis de posibles circuitos de subculturación, esto es, de “vuelta” a una inserción de prácticas populares de construcción de la ciudad, tema que no sólo dependerá, indirectamente, de la irradiación de estas experiencias, sino directamente, del propio cambio de la motivación y acción ulterior de algunos protagonistas (Caveri, Pelli, Berretta, pero también, como luego veremos en la nota 28, Ruíz Martínez, Molinos, etc.)

En este punto, nos parece adecuado, volver, una vez más, a señalar algunas precisiones de A. Heller. Diremos, que lo específicamente historiográfico (la escritura de la historia) se concibe a partir de una cierta conciencia del “final”, de una determinada imagen de “cierre”, deducible del hecho de los sucesos, materia de la historiografía, están en el pasado y admiten origen y final, elementos que, por otro lado, permiten su narración, su escritura, su discursividad historiográfica.

Por eso es posible diferenciar “historiografía” de “filosofía de la historia”: “El objeto de la historiografía es el pasado...el objeto de la “filosofía de la historia” es el pasado, el presente y el futuro, pero no se ocupa del presente desde el punto de vista del futuro⁶⁰.

“La disponibilidad hacia un mensaje en particular constituye la característica general de la conciencia histórica. El primer paso que da la historiografía en cuanto a saber científico, es descifrar el mensaje que nos da el rastro, o si no, buscar rastros que nos lleven a mensajes que leer. Tal proceder tiene que ser metódico y crítico”⁶¹.

“Al leer mensajes, desciframos el pasado, la función de la historiografía es lograr mensajes del pasado: su disponibilidad hacia el mensaje es metódica y su lectura crítica”⁶².

Si no asumimos para nuestro ensayo, el carácter de una producción historiográfica, se carecerá por lo tanto, de la “obligación” de disponibilidad metódica hacia los mensajes. Veamos entonces, que dice

⁶⁰ C/R. A. Heller, op. cit., nota 1, p. 82.

⁶¹ C/R. A. Heller, op. cit., nota 1, p. 78.

⁶² C/R. A. Heller, op. cit., nota 1, p. 79.

Heller con respecto a la “filosofía de la historia”: “El conocimiento del pasado no es un fin en sí mismo, se convirtió en un medio para conseguir fines prácticos; la teoría sirve como idea práctica reguladora de la acción...no proporciona ninguna nueva información, ningún hecho nuevo, lo que (hace) es simplemente organizar los hechos según una teoría para la acción. No (trata) del pasado, (trata) del presente para el futuro, aunque el objeto de su interés (engloba) también el pasado...”⁶³.

Dicho lo anterior y separado los temas de una disciplina historiográfica específica (ajena a resultados prácticos presentes y futuros, metódica en el desciframiento de mensajes y en la búsqueda de rastros, analítica en la identificación de componentes –o en la expresión de sus valores- de verdad en el pasado) nos queda trabajar en la perspectiva de la “filosofía de la historia”, sin una exigencia de “cierre” en lo analítico (definir el contenido de verdad) ni de “método” (historiográfico). Ahora bien, los problemas de método, aunque otros, también existen en el terreno de la filosofía de la historia. Ellos son siguiendo a Heller, los siguientes:

- a) conocer el pasado para convertirlo en medio de consecución de fines prácticos
- b) definir teorías como ideas prácticas reguladoras de la acción.
- c) organizar los hechos del pasado según una teoría para la acción (presente para el futuro).
- d) estos problemas de método remiten así a ciertas fases para el trabajo crítico-analítico:
 - 1) la fase de conocimiento o descripción del pasado: o sea, un registro de lo ocurrido, según la consideración de un corpus, o una compilación determinadas de materiales de fuentes disponibles (Es lo que efectuamos en la sección II. Desarrollos).
 - 2) la fase de desarrollo de hipótesis, considerando a estas como “teorías o ideas prácticas reguladoras de la acción...”
 - 3) la fase de consecución de los objetivos, considerando a estos como los resultados analíticos capaces de “organizar los hechos del pasado según (las) teorías para la acción” (o hipótesis). En este sentido, la acción que comenzamos con este punto (la sección III. Interpretaciones) intenta desarrollar las hipótesis: (a) acerca de “la historicidad de los hechos (notas 19 a 23) y (b) acerca de “las motivaciones en los protagonistas” (notas 24 a 28).

La sección final (IV. Críticas) propondrá identificar objetivos como “organización de los hechos”, según el análisis de contradicciones campo intelectual/teoría, teoría/prácticas, limitaciones y desarrollos, desde el presente para el futuro (notas 29 a 32).

19. La temática de conferir historicidad a unos hechos, distinguiéndoles de un puro presente, emerge, para el caso que estudiamos, como el de un proceso que adquiere diferencias en torno a otros hechos contemporáneos, por la peculiar forma que presenta en las tres clases de relaciones a que aludíamos,

⁶³ C/R. A. Heller, op. cit., nota 1, p. 81.

en la nota anterior, de un conjunto de hechos con el contexto de las prácticas de construcción de la ciudad: en efecto, los problemas interdisciplinarios, el tema de las subculturas y la cuestión de la “apropiación de ajenidades” emergen como aspectos diferenciadores de este fenómeno respecto de otros “competitivos” en ese terreno. Sin embargo, no sólo debemos apuntar estas diferencias, sino además, señalar que para alguna versión historiográfica la manera de eludir la consideración de estas diferencias fue sencillamente o la disolución de este fenómeno en cuestiones supuestamente más genérica o directamente, su no consideración⁶⁴.

Vamos a dividir nuestro análisis de la “historicidad” de los hechos hablando, en primer lugar, de las mencionadas diferencias expresadas en torno de las tres cuestiones citadas.

1. Las CB, desde su formulación “movimientística”, establecieron ciertos presupuestos de homogeneidad disciplinar, fundamentalmente en torno de la selección de la problemática (la de las viviendas unifamiliares) y del intento de trabajar alrededor de un enfoque ideológico (el “personalismo”) que debía tener consecuencias sobre decisiones en las elecciones tipológicas sobre el habitar (elecciones que, indirectamente reforzaban la anterior adscripción a la temática de la vivienda unifamiliar, como condición de una hipótesis desurbanista, sino antiurbana). Las consecuencias de este proyecto de caracterización de una cierta “homogeneidad” condujeron a la disponibilidad de un lenguaje, disponibilidad cuya fluida circulación profesional hizo que perdiera toda capacidad de diferenciación entre modos diversos de ejercicios de esa disciplinariedad, claramente homogeneizada en el momento “desarrollista” de los años 60, por oportunismo y conductas eclécticas.

Al revés de otras posiciones discernibles en el campo disciplinar (por ejemplo, la puja entre académicos y modernos, entre neo-coloniales y racionalistas corbusieranos, por mencionar sólo un par de disputas más o menos formalizadas en el interior del desarrollo histórico disciplinar, disputas, por otra parte, sostenidas por posturas teórico-programáticas, por

⁶⁴ F. Bullrich, en su artículo de SUMMA 19 (op. cit., nota 10) trabaja, disolviendo o integrando experiencias de las CB, en otras totalizaciones de su presentación crítica, más bien intentado presentar actitudes proyectuales comunes y referidas a experiencias internacionales el “bloque” (en “que eran bastante obvias las reminiscencias de Chandigarh”), integrado por los edificios testianos de La Pampa, la escuela de Alem, de Soto y Rivarola, y Fátima, obras que en todo caso considerada “representan un giro significativo y, a la distancia, debe considerárselas como habiendo instrumentado el cambio que adquirió contornos más precisos a partir de 1980” (p. 38). En que sigue Bullrich “Las tres (obras) eran miradas desde algunos sectores como presuntuosas demostraciones de pequeños talentos individuales que querían mear como perro grande”, sin embargo Fátima expresaba el deseo de visualizar la nueva arquitectura”. La renovación proyectual y en esta tendencia de obras individuales, es reservada por Bullrich para los autores publicados en el SUMMA 14 (op.cit. ref.:48) Molinos (casa Soldati y edificio de la calle O’Higgins) es “separado” del fenómeno CB y rescatado de junto a las “innovaciones proyectuales” de Gandelsonas, Solsona, Erbin, etc. Una obra de Salas-Billoch grupo próximo a las CB, el conjunto para El Hogar Obrero de la calle Lescano y Alvarez Jonte (de 1965) es presentado como vía trunca de un posible mejor desarrollo del hábitat de interés social”, con una configuración que define particularidades en las cuales el individuo puede proyectarse”; aquí Bullrich parece añorar la “inviabilidad” de estas variantes cercanas al lenguaje y programa casablanquistas (p.68). Por último, una nueva selección de obras –esta vez unifamiliares-

ejemplo, los textos “militantes” de la Revista de Arquitectura) los problemas del campo disciplinar de los años 60 tenían características bien diferentes, y si el fenómeno de las CB tematizaba una intención de organizar una corriente disciplinar alrededor de una postulación ideológica del habitar, la mayoría de las ascendentes expresiones de nuestra modernidad periférica de entonces se acogían a un profesionalismo neutro en lo ideológico, aunque, desde luego, profundamente comprometido en las renovaciones tipologistas y lingüísticas de un cosmopolitismo cultural que resonaba en la frecuencia de la “primavera” desarrollista. Así, no sólo la trabajosa elaboración de una postulación teórica de las CB llevó a sus cultores a un reduccionismo disciplinar significativo, sino que además, los rasgos de homogeneidad que habían conformado su propuesta estética pasaron a constituir un elemento más del arsenal de recursos del pujante profesionalismo hegemónico (CAM, Solsona, SEPRA, etc.) y de sus necesidades de responder eclécticamente al reflujo tardo-moderno del interregno, no de su utopía desarrollista. Pero, creemos, buena parte de los errores en la lucha por la hegemonía disciplinar emergieron del propio movimiento CB y de su falta de claridad político-cultural.

2. La cuestión del segundo tema antes mencionado, las subculturaciones o las articulaciones entre diferentes prácticas de construcción de la ciudad, tiene bastante que ver con el desigual posicionamiento intradisciplinar que referíamos en el punto anterior, puesto que este tema se vincula con las diferentes posturas frente a la temática de la ideología del habitar. Aún con sus evidentes y groseras limitaciones, la experiencia de las CB, desarrolla una conceptualización ideológica del habitar que tiende a articular –de manera operativamente difusa o aún utópica– los diferentes planos de la construcción social de la ciudad: limitada o no, romántica seguramente, la intención de postular una arquitectura deducibles de las socializantes posturas personalistas, incluye lineamientos acerca de posibles articulaciones de prácticas de “altas” y “bajas”. Esta aspiración emerge como notablemente contrapuesta a la afirmación de un estamento disciplinar (conjugable con el funcionamiento de una “vanguardia” exitosa en lo profesional) crecientemente lejana a la consideración de las temáticas del hábitat popular, sino a través de instrumentos específicamente deducidos del campo hegemónico disciplinar: como la aplicación del urbanismo corbusierano y del CIAM en los trabajos de la OPRBA cercanos a 1960 o los desarrollos de las propuestas del “hábitat de interés social”. La demarcación de las prácticas “altas” con cualesquiera otras se convierte en un objeto principal del interés de una virtual teoría o crítica de la arquitectura, al interior del campo disciplinar hegemónico de la vanguardia del liberalismo desarrollista: en efecto, esfuerzos como los de Bullrich o de

“SUMMA” van a aparecer como nítidas demarcaciones de una arquitectura disciplinar respecto de toda la gama de otras prácticas de construcción de la ciudad, conformándose un especial interés en enunciar espúreas articulaciones, por ejemplo, en el campo de la proliferante “propiedad horizontal”. Es preciso así, establecer las diferencias (que ahondarían las disputas hegemónicas por el campo disciplinar) entre las experiencias de las CB (que bastante rápidamente ocuparon lugares del consumo popular y de otros niveles de prácticas de construcción de la ciudad) y las del vanguardismo tardo-moderno, disputas que podemos demarcar con alguna nitidez porque alcanzaron expresiones de ciertas instancias de la reproducción disciplinar (como las escuelas o las revistas). Incluso en esta caracterización global de las temáticas de la dispersión o irradiación de prácticas originalmente “altas”, es preciso consignar procesos de reproducción ampliada a nivel regional, campo en el cual las CB encontrarían diferentes vías de perturbación y desarrollo.

3. El tema de la transculturación, o su versión en términos de “apropiación”, ya fue reseñado como otro plano de diferenciación, dentro de las múltiples formas con que se verificó el auge de la modernidad vinculada con el movimiento desarrollista de la década del 60, preferentemente.

Efectuadas, por así decirlo, estas caracterizaciones diferenciales o demarcatorias, las 4 notas que siguen, tratarán el problema de la “historicidad” de la experiencia CB en torno no ya de los elementos contradictorios con otras posturas de las relaciones con el contenido global de las prácticas, sino más bien acerca de los ejes propios en que puede fundarse una fundamentación de tal historicidad: ejes que son a nuestro entender a) la negación de la modernidad racionalista, b) el intento de definición de una identidad cultural-arquitectónica, c) el “anti-intelectualismo” o más bien, el proyecto de constitución de un marco teórico propio, deducidos de las prácticas pragmáticas y d) la atención conferida a una receptividad más popular o a un consumo más generalizado de ofertas del campo de la arquitectura “alta”.

20. De acuerdo al examen del corpus documental del movimiento de las CB, uno de los factores sustanciales que le otorgan una historicidad concreta al hecho, es la demarcación respecto de la tradición racional-funcionalista, una demarcación que se establece en términos programáticos y que, si bien se relacionan con algunos fenómenos concomitantes a nivel internacional, nos parece aquí encontrar una vía de confrontación con aquella tradición, que proviene del contexto ideológico que sustenta ese movimiento. A nuestro juicio, esta “reacción” o confrontación explícita viene formulada en varios planos:

- a) en el plano socio-cultural, al formularse una reivindicación de la persona, del sujeto y de las relaciones de inter-subjetividad, lo que deviene en una apelación explícita de la recuperación

de una sensibilidad inserta en valores propios del romanticismo, y, de manera más implícita, al cuadro conceptual del fenomenologismo, esto es, a un existencialismo capaz de absorber y trascender, en el universo personalista-comunitarista, el programa materialista, entrevisto como otro racionalismo.

- b) el plano socio-urbanístico, al rechazarse el sistema normativo de la ciudad racionalista tardo-industrial, lo que se traducirá en algunas fundamentaciones tendientes a una arquitectura anti-urbana (en los términos de la urbanidad racionalista)
- c) en el plano de la tecnología, al confrontar la inexorabilidad del “progreso” tardo-moderno, evidente en la racionalidad funcionalista emergente del estilo “internacional”, y al apelar a las posibilidades genéricas de utilización masiva de tecnologías simples.
- d) en el plano de la producción proyectual, al tender a una “des-profesionalización” basada en la común tendencia a la “desurbanización” y a las tecnologías simples, que propone la posibilidad, por una parte, de la recuperación de un artesanato de “clase media” y, por otra, a unos sistemas reproductivos que permitieran, eventualmente, una mejor articulación de la subculturación de producciones “altas” con el campo de necesidades populares.
- e) en el plano del lenguaje, al favorecer un esquema “pintoresquista” postulado en una diversificación creciente y personalizada de un sistema de elementos del gusto, confrontadas con las ortodoxias tipologistas del racionalismo funcionalista.

Las condiciones de historicidad en torno del aspecto “reactivo” al racionalismo, viene, por una parte, claramente segregadas de las tradiciones históricas disciplinares, que habían actuado, dentro de la consolidación de “lo moderno” como una permanente y militante tendencia a la legalización institucional del discurso racionalista, pero, por otra parte, tampoco alcanzarán, por las limitaciones de este movimiento, suficiente claridad como para consumir una transformación consistente del pensamiento disciplinar: en este sentido, la historicidad del hecho de las CB también habrá que leerla en su propia incapacidad de instituir efectivamente los términos de esa reacción.

21. El segundo aspecto, a nuestro juicio, significativo, de conformación de la historicidad de los hechos que analizamos, estaría dado por su proyecto de definición de una identidad cultural-arquitectónica, en relación al programa de este movimiento. Este aspecto, por así decir, positivo, del fenómeno, se apoya sin embargo, en el substancial elemento ya considerado de negación del sistema racionalista, negación en la que se funda evidentemente un proyecto de identidad como demarcación de lo cosmopolita.

Este proyecto de postulación de identidad puede, a nuestro juicio, advertirse en cuatro cuestiones inherentes al desarrollo de la experiencia de las CB:

- a) el reconocimiento de una vocación historicista que, a nivel internacional, parece emerger en respuesta a la abstracción funcionalista, vocación que a partir de los años 50 parece derivar en una serie fragmentaria de rescate de posturas historicistas-vernacularistas multiplicadas en diversos contextos regionales relativamente periféricos a las metrópolis racionalistas (como Italia o Milán, España o Barcelona, etc.) y que encontrará una cierta formalización estética en las propuestas brutalistas. Entendemos que la adscripción a esta corriente historicista, explicitada en algunos documentos de las CB, supone la intención de instituir una vía regional o de identidad local, confluyente a esa nueva situación internacional, tematizada por una común tendencia regionalista (que por otra parte, desde entonces, constituirá una especie de contrapunto permanente a las renovadas búsquedas de nuevos racionalismos). En su último libro, C. Caveri⁶⁵ admite este hecho de búsqueda de identidad en los regionalismos y aprovecha para señalar sus diferencias con M. Waisman, al descartar la necesidad de una re-articulación universalizante de los postulados de los diferentes regionalismos.
- b) La búsqueda de unos referentes históricos vernaculares propios como basamento del proyecto de identidad, no sólo a nivel de componentes de estilo o lenguaje, sino en tanto cierta cosmovisión situada en la cabal asunción de una “optimicidad” dada en la economía de medios que habría expresado sobre todo, la arquitectura colonial: La búsqueda de historicidad más o menos “propia” como fuente de identidad, tuvo entonces, como señalamos, una actividad de tipo arqueológico o de relevamiento de las características de los asentamientos coloniales, pero el énfasis de esa búsqueda pareció estar dado, según Iglesia⁶⁶ por el reconocimiento de un estado de equilibrio entre austeridad y plenitud, clave de obtención de soluciones “óptimas” en el momento colonial.
- Si bien pareciera superarse la intención de fundar una historicidad propia basada en la experiencia colonial no meramente productora de referencias formales, lo cierto es que la búsqueda de identidad a través del análisis de los propios hechos históricos fue cuando menos, fragmentaria e incompleta en sus elecciones, precaria en el reconocimiento de las características socio-económicas que definieron los hechos de cualquier período histórico a estudiar, francamente pobre en el análisis de las experiencias históricas del hábitat popular.
- c) en cierto modo, algunos de los comentarios precedentes, nos conectan con otras de las características que a nuestro juicio, definen el intento de búsqueda de identidad que explica la historicidad del movimiento CB: esto es la postura anti-industrial, ya que en efecto, la

⁶⁵ C/R: C. Caveri.- “Ficción y realismo mágico en nuestra arquitectura” op. cit., nota 11, p.28.

⁶⁶ C/R. R. Iglesia “La reacción antirracionalista de las Casas Blancas” op. cit., nota 2, p. 77.

búsqueda principal que era atrayente de la arquitectura colonial, pareció ser su austeridad y precariedad tecnológica, su proximidad al mundo de las artesanías. Sin demasiada clarificación tal vez, tanto las posiciones estéticas como programáticas en lo productivo del movimiento CB, exaltaron una vía reactiva a la modernidad dominante de un racionalismo excesivamente positivista en lo tecnológico, a través de una velada pero operante actitud anti-industrial (que, como en arquitectos como Ridolfi o Scarpa, devino en parte, en elitista “remake” de la calidad morrisiana)⁶⁷.

- d) el último aspecto más o menos implícito en el proyecto de búsqueda de identidad que define la historicidad de este movimiento, en su caracterización, por así decirlo, social, de los posibles alcances de la acción arquitectónica propuesta. Si bien es evidente que los logros específicamente históricos de lo realizado no muestran ningún efecto concreto en esa dirección –ya que lo producido en el período “canónico” 55-66 no trascendió los carriles de los encargos convencionales institucionales o de clase media y media-alta en el terreno de la conferencias privadas- existe también, sobre todo en el texto programático de Iglesia (ref. 34), una tendencia a abarcar la problemática social de la arquitectura y su posible dimensión de servicio, una tendencia que eclosionaría en las prácticas ulteriores de varios protagonistas y en las manifestaciones también programáticas que Caveri desarrollará en su texto “Organización popular y arquitectura latinoamericana” (ref. 67), a través, sobre todo, de sus fuertes críticas a las posturas “europeizantes” de la izquierda peronista del 73 y de su posterior proyecto de “desprofesionalización” bastantes semejante a posturas significativas de J. Illich⁶⁸ o I. Sachs⁶⁹. Volveremos a esta cuestión, significativa por cierto, en el punto (32).

22. Las dos cuestiones señaladas en los puntos inmediatamente anteriores –la demarcación expresa respecto del paradigma racionalista-funcionalista que emergió como dominante dentro de la configuración de los sectores hegemónicos profesionales y el proyecto más o menos programático de insertar el trabajo arquitectónico del movimiento en un contexto movilizador de la identidad cultural nacional y popular- se articulan, a nuestro entender, con otro rango definidor de la historicidad de la

⁶⁷ Caveri expresa esta sensibilidad crítica respecto de lo tecnológico-universal cuando, en su “Los sistemas sociales a través de la arquitectura” (op. cit. nota 5), señala la contradicción que en los años 73, suponía la radicación política y las estrategias participativas respecto de la “apropiación” del neo-racionalismo de Friedman (p. 218). En cierto modo, estas actitudes programáticamente anti-industriales, pueden devenir en regresiones, expresivas de una cierta inseguridad teórica.

⁶⁸ El texto clásico del “anti-profesionalismo” de I. Illic en “Desempleo creador” incluido en el texto “Energía y equidad. Desempleo creador”, Ed. Losada, México, 1978, p. 161. Sugestivamente este texto célebre de Illica se subtitula “La decadencia de la edad profesional”.

⁶⁹ Una antología relevante de los escritos de I. Sachs, es “Ecodesarrollo. Desarrollo sin destrucción”, Ed. El Colegio de México, México, 1982.

experiencia que situaríamos concretamente, en un diferente camino en la construcción de teoría hegemonizada por la vía deductiva del pensamiento iluminista-positivista: este diferente camino, “anti-intelectualista” en el sentido de oposición a esa teoría hegemónica, se expresa en varias características:

- a) en primer lugar, en un rechazo al universalismo dominante que constituye un campo de la teoría de la arquitectura inserto en el arco histórico del desarrollo capitalista que se “desarrolla” en una aceptación cada vez más reductiva, del modo de despliegue de las relaciones capitalistas, del creciente proceso de división del trabajo social y de la incapacidad de conceptualizar el producto arquitectónico fuera de una veladamente o no aceptada condición de mercancía, a la cual la modernidad aludirá en el mejor de los casos, únicamente con referencias del campo del lenguaje, intentando fundar una autonomía de las selecciones del lenguaje. En ese sentido, a una inexorabilidad universalista del desarrollo del modo de producción, se le implementa, en el terreno del pensamiento hegemónico de la modernidad de la arquitectura, una racionalidad, igualmente cosmopolita, demandadora de homogeneidad en las operaciones lingüísticas.
- b) Lo anti-intelectual del movimiento CB puede verse como oposición a esa particular forma universalista de configurar la teoría de la arquitectura, dando curso a una respuesta resistente a tal ecumenismo. Eso parece ser advertido por un artículo de M. Waisman (ref.64), quien aún fundando un intento de crítica a las experiencias CB, salea interpretar las condiciones de su diferenciación: “Sólo en la década del 50 se producirá un movimiento en el cual la ideología arquitectónica estará estrechamente unida a que toma de posición ante el mundo. Las llamadas “casas blancas” inauguran una arquitectura introvertida, que conforma y encierra lugares para la vida, que rechaza el exhibicionismo...expresada en un lenguaje producto de una feliz simbiosis entre formas modernas y algunas memorias de nuestra arquitectura rural. Todo lo cual pone en obra una doctrina que contrapone a la planificación abstracta la convicción de que “a la realidad se la modifica desde dentro de ella misma”... Tales premisas llevan en si misma su validez y sus límites. Pues se proponen como ejemplo integral, como arquitectura surgida de un grupo humano que pretende inaugurar a un tiempo un modo de vivir y un modo de habitar; pero el programa excluye de entrada la pretensión de una transformación global del mundo; se trata de una inserción parcial dentro de la realidad”. Aquello que Waisman reconoce es precisamente su “positividad” e historicidad, en el sentido de globalidad dentro de un marco regional que crece y se desarrolla desde su condición específica, oponiéndose a la marcha general del racionalismo modernista y negando la inexorabilidad de una arquitectura de puro lenguaje de revestimiento de las mercancías. Y

aquello que es visualizado como limitación (en tanto incapacidad de reintegrarse a la marcha general del mundo tardo-capitalista), aquello que puede verse, desde esa totalidad ficticia, como imperfección de una teoría anti-intelectualista, es precisamente su valor histórico, su efectividad al menos micro-cultural, es decir, marginal al proceso civilizatorio e incluso contradictoria a la hegemonía cultural.

c) en segundo lugar, precisamente es esa reversión de la aceptación deductivista del lenguaje como último reducto del proceso de división del trabajo capitalista racionalista, esa inversión de un trabajo teórico puramente justificatorio de ese proceso reductivo, lo que hace que la elaboración lingüística dentro del movimiento de las CB sea bastante seguro, positivo, liberad de las angustias comparativas de las ortodoxias internacionales: Por eso, por una parte, hay que valorar el cambio operado, por ejemplo, en el Caveri que va desde su propia casa de Beccar (1951, que pienso, sin embargo que no es ortodoxamente racionalista y que ya comparte ciertas reelaboraciones como las que los Smithson hacen de Mies, construyendo otra vía al brutalismo, más “tecnologizado” por así decirlo) o en el pasaje de la racionalista versión con que gana (con Ellis), en 1953 el cuarto premio para la Colonia de Vacaciones para la Federación Gremial de la Carne hasta el proyecto de Fátima, de 1956. Precisamente será O. Suárez, quien había ganado el concurso de la Colonia, con un proyecto bastante organicista, quien escriba sobre Fátima en 1959⁷⁰ de la manera siguiente: “Nos retrotrae sin apuros a la búsqueda de las raíces de nuestro ser real y verdadero espíritu. Toma nuestros materiales y mano de obra de ayer igualmente vigentes hoy y los maneja con un espíritu contemporáneo que se muestra libre de preconceptos “anti-regionalistas”...El lenguaje expresivo es de una rara unidad formal que recuerda por momentos, una síntesis de diversas modalidades contemporáneas, pero de innegable y fuerte personalidad propia “. Texto que si bien intenta reposicionar el ejercicio casablanquista en un cuadro “contemporáneo” internacional, no deja de admitir la seguridad del manejo lingüístico, la capacidad de exhibir una oferta estilística innovadora a la vez que surgida de un proceso evidentemente inductivista, no ya fruto de intenciones derivadas del devenir autonomista de las investigaciones modernas internacionales apoyadas en el puro juego de posibilidades del lenguaje.

23. El último punto que quisiéramos formular en torno del problema de la historicidad de la experiencia de las CB está referido no tanto, como los hasta aquí planteados, a cuestiones propias del ámbito productivo en que se sustancia la propuesta, sino en aspectos derivados de su consumo, o de

⁷⁰ C/R: C. Suárez, artículo “Nuestra Señora de Fátima” en la revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la UBA, Buenos Aires, 1959.

su recepción, en relación a su aceptación cultural más o menos generalizada. En rigor, nuestra hipótesis está orientada a sostener que este aspecto –el del interés del análisis de la propuesta en cuanto a su relativa fortuna en términos de consumo o aceptación más o menos generalizada– constituye un factor esencial en la demarcación de la experiencia en el cuadro de la oferta profesional: en efecto, si las tendencias dominantes o hegemónicas en el interior del cuerpo disciplinar parecen dirigirse a una sistemática tendencia a la aceptación de los parámetros cosmopolitas y universalizantes⁷¹, un aspecto central de esta experiencia (que pudo así leerse en datos de presunta regresividad frente a esa irresistible encaminamiento disciplinar) es la preocupación por las condiciones de la recepción popular, condiciones en las que no son ajenas ciertas elaboraciones capaces de articularse con algunas expectativas culturales como las de los pintoresquismos, regionalismos vernaculares o apelaciones a ofertas resonantes en el imaginario colectivo (como el prestigio popular del “californiano” y el paradigma anti-urbano norteamericano). En este sentido tanto las preocupaciones antropologizantes sobre las forma habitativas familiares y comunitarias (con las tematizaciones de Caveri, por ejemplo, sobre el sentido del “lugar” o la importancia del “estar”, sobre la valorización kuscheana, en suma, del fenomenologismo adaptado a una situación única, singular y no reintegrable en un esquema cerrado de mundo totalizado) como los intentos eclecticizantes y pintoresquistas en la fundamentación de una estética más contenedora de diversos mensajes formuladores de múltiples “inter-subjetividades”, emergen, con la máxima fuerza posible y desde el ámbito intelectual de una élite productora de arquitectura, como uno de los esfuerzos más valorados en el sentido de avanzar en las condiciones de recepción del producto, y no tanto en las presuntas lógicas racionales de coherencia a la producción.

24. En la nota 18 señalamos que el proyecto de discernir hipótesis propias de una “filosofía de la historia” suponía según A. Sëller, dos grandes cuestiones: diferenciar en el presente de unos hechos sus condiciones de historicidad, y atribuir motivaciones a los protagonistas.

Este segundo aspecto resultará tanto o más significativo cuando, como en este caso, el marco subjetivo de los operadores principales de la experiencia viene robustecido por los enfoques personalistas o comunitarios que, junto a los criterios fenomenologistas propios de la ideología sustentante, otorgan un relieve especial a tales comportamientos de los protagonistas. Ello será además, en el marco del clásico “compromiso” sartreano de la época, una clara connotación definitoria del devenir de las acciones y, por lo tanto, de la conformación de su dimensión de

⁷¹ Las tendencias que manifiestan una progresiva inclinación del campo hegemónico disciplinar según influencias crecientes de las corrientes internacionales, puede decirse del texto de A. Ballent “La condición profesional en la década del 50” artículo en “Materiales” 3, agosto 1983, p. 31; el estudio gira alrededor de la “modernidad” (entendida como manejo de principios de una única modernidad, o de una “modernidad central”) en un grupo productivo (CAM) y uno ideológico (Nueva Visión).

historicidad. Es decir, existió en el desarrollo de los hechos, un rango importante en las justificaciones de los mismos, apoyado más que en situaciones grupales o movientísticas programáticas, en las propias biografías de los protagonistas principales, en el desarrollo de la subjetividad receptiva de las ideas nutricias de la experiencia, en el posicionamiento disciplinar de los mismos, en las decisiones sobre cuestiones políticas y culturales coyunturales, en las acciones ejercidas como parte del proyecto ideológico y, finalmente, en el cese o conclusión de la experiencia. Este afán subjetivista pudo ser reconocido por Iglesia como un genuino romanticismo (ref. 41), en tanto producto y resultado de una doble valoración en el productor y en el consumidor de una común disposición a un “ser primordialmente sensible, actor y receptor del sentimiento: emocionante y capaz de emocionarse”. Ello deviene en una precisa identificación no sólo del afán proyectual de un sujeto concreto, sino de la existencia individual de un cliente individualizado, que, por ejemplo, en el texto de Garat, sobre la casa Demaría, citado por Iglesia (ref. 41) emerge como un protagonista sustancial (“...qué buen tipo Demaría!...”), incluso con una sobrecarga de individuación: “En la obra Demaría, exagerada e intencionalmente artesanal, una verdadera embriaguez de creación, fruto de la alegría del quehacer postergado y al fin logrado, nos lleva a confundir medio y fines en nuestra tarea de arquitectos: de las infinitas catenarias halladas “la única posible” o bien encontrar “la gárgola” o aún “el gabinete de gas”. No podemos negar que tiene todo el Error y todo el Amor que gravitan sobre la gestación, concepción y alumbramiento de La Primogénita”. Humanización figurada hasta del objeto que obviamente conlleva a un exceso de asocialidad, que busca corregirse no mediante reductivismos racionalistas sino a través de utópicas transferencias sociales de los supuestos logros de esas casas individuales, como lo dice Molinos (ref. 41): “Quisiera poder realizar una obra con la misma precisión y amplitud de interpretación de las necesidades y aspiraciones del ocupante, dentro del marco de los grandes programas de vivienda para la población de ingresos débiles” o como lo demarca Chute al hablar de su vivienda casablanquista Lepre: “El carácter artesanal y no “estándar” de la vivienda no ha significado en ningún momento del proceso de gestación del proyecto, el deseo de imprimirle un carácter “individual” y en última instancia, rasgos aristocratizantes a la vivienda, la interpretación correcta de tal carácter artesanal, proviene de la idea, tal vez no lograda, de imprimirle un elevado énfasis de “expresionismo constructivo”, como hecho presencial en el uso cotidiano de sus ambientes. Pero, con más o menos conciencia autocrítica de los excesos, el predominio de los subjetivos-en el proceso proyectual, en la suposición del consumo existencial y perceptual del ocupante- aparece como rasgo definitivamente buscado en estas experiencias.

Lo mismo se deriva de la intención de la más ascética casa Camusso, de Pelli y di Boscio: “Un cliente con un programa convencional pero con una idea valiosa de su propia vida de familia. Hemos tomado y reflejado esa idea con respeto... ...Hemos tratado de producir una construcción con vida”

(ref. 41). Las metáforas biológicas, reiteradas con fruición en cada justificación de procesos y productos, parece ser el complemento permanente de una búsqueda personal de las diferencias –antes que las homogeneidades de supuestas tipologizaciones- de cada cliente (y programa) particular. Ello también se va a expresar en Fátima, donde la acción del “cliente”, el padre Moreno, no habría sido ajena (modesto Abbé Suger de nuestro periférico St. Denis) del desarrollo de las ideas arquitectónicas (ref. 51), según deberían deducirse de nuevas necesidades derivadas de las renovaciones litúrgicas de la hora.

25. En la caracterización de las motivaciones de los protagonistas merece puntualizarse pues, esta doble intención de subjetivizar el proceso proyectual : en la identificación individualizante de la obra y su programa por una parte, y en el rol, atribuido del sujeto cliente, el que incluso es sacado a la luz de las explicaciones de las obras y en algunos casos, responsabilizado de la motorización de ciertas ideas proyectuales, a la vez debe marcarse, la propia evidencia de lo románticamente regresivo de esa conducta exageradamente individualizante que parecen tener algunos de los arquitectos, aunque a su vez, no declinan la posibilidad, ciertamente utópica por lo morrisana de extrapolar esos valores a producciones de carácter colectivo, al ulterior barrio de Juan XXIII, de Molinos y Morea, levemente influenciado por las ideas novedosas del equipamiento colectivo de las “unités” corbusianas, buscará plasmar esa inquietud, por cierto sin generar grandes innovaciones en las tipologías del habitar colectivo. Las mismas aspiraciones probablemente partícipes de los fundamentos de tempranos proyectos de M. A. Roca, como el consorcio Universitas o el conjunto salteño de San Bernardo. Las ideas de una suburbanidad que articulase hábitat, de interés social subsidiado por el Estado y las teorías del “garden city” parecieron haber supuesto un posible punto de convergencia de un punto posible (pero frustrado) de la vocación del movimiento de las CB de conjugar sus investigaciones personalizantes con agrupaciones “sociales” o comunitaristas posiblemente correlacionables con sus hipótesis desurbanizantes: a la distancia, y no casualmente, parecieran reeditarse las polémicas berlinesas de Muthesius - Tessenow versus Gropius - Wagner, polémica que atravesaría con sus correspondientes Hellerau y Torton el prolífero período peronista, pero que no alcanzó a encarnarse en una nueva confrontación de los 60, que no sólo eran teatro de nuevas e importantes operaciones en el tema del hábitat colectivo, sino que a la vez contenía la definitiva conformación de una “vanguardia” disciplinar que fundía postulados del OAM con las versiones locales del último CIAM.

La referencia a Tessenow tampoco debería ser casual, porque su propuesta, extraña y marginal al triunfo del racionalismo social-demócrata, no sólo se centró en la multiplicación de discretas y amables viviendas populares (para la clase media burguesa) sino que también procuró,

inductivamente, “llevar” esos contenidos artesanales del proyectar a la producción de conjuntos urbanos.

Para desarrollar algunas referencias acerca de los protagonistas y sus motivaciones, y a la búsqueda de nuevos datos interpretativos que conlleven a la identificación del carácter de historicidad de la experiencia, en las notas siguientes nos proponemos tratar:

- a) el posicionamiento concreto de los protagonistas en el campo disciplinar,
- b) algunas características –que ayuden a situar su posicionamiento- de ciertos “compañeros de ruta”, y
- c) el “destino” de los protagonistas, o sea el desarrollo de las trayectorias personales, como un elemento sustancial para detectar la evolución del movimiento y sus condiciones de histórico.

26. El conjunto central de los protagonistas de las CB (digamos: Caveri, Ellis, Iglesia, Asencio, Berretta) emerge, como otros grupos, muy vinculado a un centro de trabajo en la Universidad, una Facultad curiosamente homogénea, “circa” 55, en un anti-peronismo generalizado. Desde una inserción universitaria se plantea, con la “modernización” política del 58 –que implica la apertura a posibilidades seductoras de control de la hegemonía disciplinar, por la vía preferente del concurso- un creciente proceso de profesionalización: los escarceos de grupos como el de Caveri - Ellis, el ulterior Ellis – Boullón – Berretta - Bustillo u ONDA son, desde las perspectivas de la formación cultural que analizamos, los hechos más significativos de esa tendencia profesionalizante. Caveri, en un fragmento autobiográfico de su último libro⁷², lo reconoce, como influencia paterna (luego de reseñar su etapa formativa, vinculado al grupo Montereau y su revista “Hacer” y a reconocidas influencias de D. Bayón): “Las dubitaciones al tomar el atajo (supuestamente, el oficio profesional) no fueron pocas. Rechazo crítico de nuestra pareja a sus respectivos medios sociales. Una casa vidriada en Beccar, a lo Mies y un único lugar donde poder darnos un beso: el “corredor”. Un tentador segundo premio, el de la Municipalidad de Córdoba y una posible estabilidad del binomio Caveri - Ellis en continuidad con el proyecto paterno: Tenés que construir grandes edificios. Una postura, empero, en el caso de Caveri, confrontada a otras inquietudes, más teóricas: un seminario sobre vivienda rural en la “naciente Universidad Católica”, un viaje a Europa, la investigación conducente a la casa Urtizberea “junto al pensamiento de Teilhard leído en francés y las bombas de la aviación naval cayendo sobre Plaza de Mayo. Caveri ya comenzaba a marginarse del proyecto profesionalista.

⁷² C/R C. Caveri, “Ficción y realismo....” op. cit., nota 11, p. 60.

El grupo ONDA, con reminiscencias del romanticismo morrisiano, la emprendía, por entonces, no sólo con sus tareas universitarias (en las que prevalecían las investigaciones históricas sobre el noroeste y los libros del IAA, de Iglesia o Asencio por ejemplo), sino con otras tareas de diseño en general como gráfica y publicidad o muebles o equipamientos: sin embargo, esta euforia productiva de un “bauhausismo” humanizado –o más cercano a las experiencias organicistas- suponía una peligrosa conversión a un impreciso estatus de “connaisseurs” (o “amateurs”), bastante diferente del duro pragmatismo que iban organizando los nacientes estudios de los 60. Tanto el optimismo proyectual que exhibía, por ejemplo, Garat cuando se refería a su artesanal compromiso con el proyecto de la casa Demaría (ref. 41) como el “surplus” de diseño que admite Pelli para aquella primera obra de la familia Camusso⁷³, están refiriendo, sin duda, a una forma de trabajo que se iba a confrontar bastante drásticamente con las posibilidades productivas de esos años, además de caer rápidamente en insostenibles competencias con las ofertas más profesionalizadas que, incluso usando lenguajes equivalentes, despojaban estos trabajos de sus contextos teóricos. En cierto modo, esto conduce a una crucial contradicción de estas experiencias: aquella que confronta la austeridad y el minimalismo teóricamente preconizado, con las formas productivas inexorablemente demandadoras de un soporte económico más sólido (al menos respecto del tiempo insumido por el proyecto y dirección) que en relación a las rutinas estandarizadas del proyecto profesional racionalista.

Al mismo tiempo, el perfil que se iba generando, se abría a una dificultosa capacidad de procesar las teorías laboriosamente conformadas en esta experiencia movimientísticas, respecto de demandas sobre todo institucionalizadas por los concursos, en relación a programas de escala mayor (y a veces de inserciones urbanas mucho más protagónicas) que los ejercicios domésticos suburbanos. Y aquí valdría la pena señalar que, a nuestro juicio, esta incapacidad no debe situarse en una supuesta insuficiencia teórica, sino más bien, en las limitaciones de organización productiva que habían definido la formación y las prácticas de estos grupos.

Esas peculiaridades que, desde los intereses ideológicos y los espacios universitarios (hasta el 66), iban modelando, por así decir, la incapacidad del movimiento para encontrar un mayor protagonismo en el profesionalismo naciente (o renaciente), son coetáneos de algunas inquietudes intelectuales que no sólo constituían vías paralelas a los trabajos específicamente proyectuales sino que permitían, sobre todo cerca de 1966, prefigurar el destino anti-profesionalista de los protagonistas principales. En los fragmentos autobiográficos citados (ref. 72), Caveri, cuenta de esta forma, su trayecto 55-66: “Fátima crece en esa ebullición (la de la caída de Perón), con experiencias comunitarias rondando la cabeza, con voluntad de descenso y de simiente, con caminos de directriz quebrada y libertad

⁷³ La referencia es a la pequeña memoria de V. Pelli, escribe en SUMMA 231, op. cit., nota 51, p. 60.

ecléctica para lo nuevo en gestación. El sendero aparecía, en su primer tramo como exilio interno, focalizado en un suburbio campero del Gran Buenos Aires. Trabajo de la tierra, conejos, auto-construcción, pequeña carpintería y un generador por falta de luz. A eso que se llamó “Comunidad tierra” le crece una escolita, entre chamamés, rifas y barro, y un corazón entregado: el de mi compañera. En ese silencio sin TV, crece Santa María en Moreno, el Jacarandá en Reconquista y el concurso para la Biblioteca Nacional hecho entre conejos, cepilladoras, farol sol de noche y apuntes para “El hombre a través de la arquitectura”, junto al voto en blanco y como telón lejano, el napalm sobre Vietnam. Sobre las influencias del Arca y de los Kibuts, desembarcaron los “hippies” en nuestra experiencia abierta, quedando entreverados entre ferias artesanales, notas periodísticas y turistas”.

Es decir, la etapa 55-66 es para alguno de los protagonistas, un trayecto fuertemente tensionado por importantes renovaciones y correcciones autocríticas, reguladas por prácticas concretas, de las escasas experiencias arquitectónicas “convencionales” que se confirman en la realidad. Apuntemos que el proceso de Caveri supone una “radicalización” en el desarrollo de su ideología comunitarista, con el descubrir de diversos pensamientos que “preparan”, por así decir, el 73: desde Gramsci hasta la primera recepción de algunos intelectuales marginales de nuestro país, como Kusch, Casalla, Dussel, Cullen, etc.

Berretta promovía acciones semejantes: recuerdo (porque creo que no hay ningún registro escrito o documental de esos hechos) un intenso seminario del año 64, donde confluyeron, en las viejas aulas de la calle Perú, aportes como los de I. Viñas y L. Rozitchner (es decir, el pensamiento más crítico del marxismo fenomenologista y sartreano del grupo “Contorno”, A. Merello (que representaba el grupo francés de la revista “Futuribles”, de Bertrand de Jouvenel y que publicaría por esos años la revista “Prospectiva” y el sacerdote M. Virasoro (uno de los jesuitas puntales del grupo CIAS, donde Mejía, Luzzi, Aduriz y otros preparaban la versión argentina de la “teología de la Liberación e introducían a Camilo Torres)⁷⁴. En el mismo año, el taller Berretta inauguraba una serie de trabajos sobre el hábitat popular en la Isla Maciel, cuya envergadura ideológica y social bien podía contraponerse con una misma actividad (en el mismo sitio) que intentaba desarrollar, en el nostálgico registro de “existenz minimum”, el glamoroso Acosta de esos años de entronización del neo-racionalismo en el corazón de la vanguardia disciplinar. La FAU porteña, en el mismo año 64, homenajeaba a Le Corbusier -exaltando su “final” humanista- y recibía a Lanza del Vasto, cultor de

⁷⁴ Ya mencionamos varias correlaciones sugestivas entre la experiencia de las CB –en su “ala” más progresista, la experiencia por Berretta o Caveri- y personas o acciones del grupo “Contorno” alrededor de hechos que intersectan ambos desarrollos y que involucraron a Rozitchner, Massotta, I. Viñas, A. Gigli, etc.: sería este uno de los temas de más interés en una indagación más rigurosa de las condiciones del campo intelectual portado a fines de los 50.

las comunidades artesanales que intentaban el proyecto de “huída de la ciudad”, algo que se efectivizaba en el Ritoque trasandino y en la comunidad caveriana.

27. El hecho de que coexistan diferentes aproximaciones, casi simultáneas, a distintas versiones de reelaboraciones regionalistas a los netos predomios racionalistas, nos permite reconocer un cierto “zeitgeist” generalizado, afuera y adentro, por los años 50 y 60. Los virajes de algunos grandes protagonistas de entonces, como Sacriste o Vivanco que podían pasar de aquellas ortodoxias a un tipo de pragmatismo ciertamente anclado en una valorización de lo local, parecen ser rastros de un cambio que trasciende el fenómeno de las CB. En efecto el célebre conjunto de 3 casas en Martínez, de 1943, firmado por Vivanco junto a Bonet y Peluffo, o las importantes casas en Tafi, de Sacriste, de fines de los 50, aparecían como variantes receptoras de los cambios en la estética internacional, aunque también emergían como posturas de seguros profesionalismos que se iban abriendo entre nosotros. En este sentido, es necesario señalar la común referencia a esta exitosa vertiente propia del brutalismo corbusierano (que, en Sacriste, por ejemplo, había podido ser potenciada mediante el doble y fecundo proceso de nutrirse de formas artesanales hindúes en su paso como docente por la India, tanto como su sagacidad en las lecturas ambientales y tecnológicas de su primera época tucumana, cuando la fuerza de sus opiniones le permitía evadir imposiciones de un consumo bastante provincializado) que también abastecía parte de la cambiante “cartera” estilística de algunas firmas relevantes del mercado profesional porteño: como el caso del “humanizado” Dubourg o los pragmáticos Amaya – Lanusse – Devoto - Pieres de los 50, o con más significación aún, por su envergadura disciplinar, los SEPRA o Aslan-Ezcurra: aquéllos, socios de Testa en algunas significativas versiones de neo-brutalistas así como suscriptos a un “casablanquismo” situado (en Punta del Este; estos receptores de uno de los ex ONDA, L. Gigli, además de discretos ejecutantes de una arquitectura nunca rigurosamente racionalista sino cercana a los empirismos internacionalizados desde los 50.

Lo cierto es que, a modo de hipótesis, nuestro señalamiento apunta a una generalizada disponibilidad respecto del tipo de sensibilidad que fue encarnada (quizás con mayor fuerza programática) en las CB, y que este hecho tiende a difuminar los límites de demarcaciones que hubieran hecho más claras las posturas disciplinares. Esa disponibilidad también encontrará cultores diversos como los seleccionados en las ejemplificaciones de Bullrich (aparte de él mismo, ref. 50) y sobre todo, engendrará mecanismos de disolución de las cargas ideológicas desarrolladas por el movimiento CB, en un ecléctico bagaje que, incluyendo algunos elementos de la estética, las diluía en discursos eminentemente versátiles y profesionalistas (como las resultantes suscripciones entre casablanquismo y arquitectura veraniega o de “country”, en las multiplicadas propuestas de Flores, Dellepiane, Kokourek, SEPRA y versiones ya más recientes).

Pero, al mismo tiempo, algunas incursiones protagonizadas por las mismas épocas por arquitectos como Traine, Soto, Rivarola (de hecho, el mismo grupo que acogía a algunos integrados a la serie de las 14 Casas Blancas, como Chute y Bidinost) abrirían, sin duda, otra perspectiva al análisis de las cargas ideológicas que justificarían estas decisiones de lenguaje (que por otra parte, también pudieron acoger con variadas aceptaciones otros miembros más o menos célebres de las vanguardias “liberales” “izquierdistas” del interregno 55-66, como Borthagaray y Winograd, entre otros), sino fuera porque no pareció exhibirse ninguna voluntad teórica más o menos explícita de este grupo, sin duda capaz de engendrar una réplica en clave “izquierdista” a la disputa por las herencias de populismos y regionalismos de los pragmatismos trans-racionalistas de los años 60, como por ejemplo, había podido ocurrir en Italia. La respuesta quizás pueda estar dada por las tensiones que las necesidades profesionalistas de esos años “desarrollistas” imponían al desarrollo de las ideas, postergadas en nombre de las urgencias profesionalistas y de manipulaciones lingüísticas que necesitaban ser mucho menos estáticas para poder convertirse en instrumentos visuales de la demanda cultural de acompañamiento a la “modernización” periférica que aceleradamente se constituía. Tal vez sea entonces que, que por ineficiencia en las respuestas profesionalistas como por compromisos con cierta carga teórica-ética y cierto estilo del trabajo proyectual, con un común “background” trans-racionalista unos desaparezcán del campo hegemónico disciplinar y otros definan esa historia tan cosmopolita de los últimos 20 años de arquitectura porteña.

28. El último comentario por hacer en esta sección de interpretaciones tendiente a demarcar la historicidad del episodio, está estrechamente relacionado a la tipificación del “destino” de esos protagonistas, a la caracterización de la evolución de sus trayectorias productivas como elemento complementario necesario no sólo para entender el cese o fin de la experiencia sino para adicionar explicaciones acerca de las motivaciones durante el desarrollo de la misma: en este sentido, a nuestro juicio, es esa trayectoria la que confirmaría algunas tensiones o prefiguraciones que hemos querido atribuir al análisis de los hechos, aun por encima de las concretas contingencias ocurridas.

Los párrafos autobiográficos de Caveri (ref. 72) aluden de esta forma a su trayectoria más reciente: “El sendero se abría y conectaba y el grupo comunitario fue penetrando por la realidad política efervescente en el 72. Los sistemas sociales y organización popular y arquitectura latinoamericana” crecen junto a un intento de autoconstrucción asistida, con la ayuda de los hermanos de Foucauld, las visitas al padre Mujica, las charlas de Carlos Grosso sobre el Martín Fierro, bajo estructuras de metal desplegado la experiencia “autosuficiente” terminaba de morir a manos de la realidad, la lucha externa se implantó en el interior, la Escuela Técnica nace en el 74 con especialidades prácticas de carpintería y electricidad, pensando en las antiguas escuelas fábricas

Se agrega después “constructor de edificios” como mini-arquitectura. Se consolida la comunidad como centro educativo (1000 alumnos diarios entre primaria y secundaria)”. De allí, el camino de Caveri atraviesa los años del proceso y desemboca decididamente en actividad política, como funcionario municipal, a la vez que se mantiene la comunidad pero ya como un barrio integrado a Moreno.

Esta “desprofesionalización” tan concomitante al militante enfoque de Illich, también se dará en Pelli y Berretta, uno en Resistencia, entregado a la investigación y acción en materia de desarrollo de tecnologías para el hábitat popular, otro en Córdoba, estructurando el CEVE como centro de estudios sobre la gestión, promoción y construcción de viviendas y comunidades populares, hoy por hoy, uno de los más prestigiosos centros americanos y tercermundistas.

El caso de ONDA se fragmentó en diferentes opciones, derivadas de la multiplicidad de aperturas que habían desarrollado en su etapa fecunda, desde el diseño gráfico o el mobiliario al destino de intelectual universitario transitado por Iglesia y Asencio. El grupo de Ellis derivó a trabajos de consultoría turística (junto con Martín, Oliver y otros) y Molinos pudo incursionar con alguna fortuna profesional heredando del lenguaje CB (como en sus edificios de departamentos de la calle O’Higgins o sus oficinas en la avenida Belgrano: obras de los 60 que lo ubican como uno de los más sensibles a la eventual “profesionalización” del discurso casablanquista, bien qué, como ya se advertía en su casa Soldati, pendiente de un refinamiento tecnológico y unos presupuestos que demarcaban claramente esta producción, de su frugalidad programática “canónica”, haciéndola por tanto, más disponible para su utilización plenamente convencional en lo disciplinar.

Otros casos menos conocidos, como los de Amette, Ruíz Martínez (éste patrocinador de una suerte de vivienda semi-prefabricada “blanca”, las llamadas “súbitas”) Bonomi, Doratti, Requena, etc., pudo muy bien adaptarse a responder una demanda dispersa y regionalizada, quizás tributaria de la evidente “popularización” (al menos, al nivel de capas medias) del estilo: la misma fortuna, por así decir, provincial, hubieron de tener una larga serie de arquitectos interesados más o menos directamente en los principios organizativos y ambientalistas del movimiento, sino en los puramente estilísticos: como serían los casos de Castellani (en Villa Gesell), Adesso (en San Andrés de Giles), Mason (en Tucumán), Larrain (en Salta), Galdeano (en Resistencia), Carli (en Santa Fe), Repetto y Varela (en Mar del Plata), etc. En rigor, nos parece posible investigar, de manera complementaria, estos efecto dispersivos, en el tiempo y en el espacio, sobre todo a escala regional, de principio genérico incluidos en la experiencia casablanquista.

IV. Crítica

29. Como señalamos en el punto 18 y siguiendo las posturas acerca de la “filosofía de la Historia” de A. Sëller, hemos previsto esta sección final para ensayar una crítica de los hechos de nuestra temática: crítica entendida como avances a distancia de la construcción de “objetivos”, es decir, formas de organizar la comprensión de aquellos hechos en relación a las “teorías para la acción”.

La operación crítica, en tal sentido, constituye una cierta relectura (organizativa) de los hechos, activada por una necesidad presente (la de las teorías para la acción, presente y futura).

Los hechos conforman, para nosotros un corpus discreto (naturalmente ampliable), a partir del cual hemos podido en forma de hipótesis, construir una cierta interpretación de los mismos, en base a su consideración sobre el trasfondo de unas ciertas teorías para la acción.

Esas teorías, que vehiculizan necesariamente una teoría crítica de la arquitectura, implican, a nuestro juicio, los siguientes aspectos o ejes:

- a) la construcción de una teoría de alcance limitado (tendiente a organizar efectivamente las prácticas regionales de una actividad) dentro del campo intelectual amplio que opere como contexto y sustanciación cultural.
- b) la dinámica de la producción disciplinar, vista como una articulación de las teorías señaladas y la propia experiencia de los hechos prácticos producidos.
- c) los alcances de las experiencias, vistos más bien como “techos” operativos en un determinado momento histórico y en un cuadro de situación dado, lo cual en cierta forma, aludiría a las “limitaciones” de la experiencia, en tanto, hipotéticamente, aspectos potencialmente alcanzables pero no alcanzados.
- d) la continuidad teórica de la experiencia, en tanto precisamente aportación a la configuración de teorías para la acción presente y futura.

En el tratamiento del primero de estos cuatro puntos –las relaciones (o contradicciones) entre un campo intelectual teórico y el corpus de teoría de alcance limitado referentes al desarrollo del movimiento de las CB- podríamos señalar los siguientes aspectos:

- 1) de acuerdo a interpretaciones historiográficas (como M. Waisman ref. 64) este movimiento sería el único “en el cual la ideología arquitectónica estará estrechamente unida a una toma de posición ante el mundo”, de lo que podría colegirse:
 - a) que existe efectivamente una ideología arquitectónica
 - b) que existe una “toma de posición ante el mundo”, y
 - c) que ambas cosas estarían-o habrían estado- “estrechamente unidas”.

Nuestra interpretación al respecto, sería:

- a) que fue consistente, en el período 55-66, la conformación de una “toma de posición ante el mundo”, entendida como una cierta corriente de pensamiento homogéneo en el interior del campo intelectual internacional y local, signada por el auge del pensamiento social-cristiano, con relaciones filosóficas respecto de posturas trans-racionalistas (el fenomenologismo heideggeriano, el existencialismo materialista sartreano), con posiciones político-teológicas (formadoras de la incipiente “teología de la liberación”) y con postulaciones referentes al devenir socio-cultural (como las teorías personalistas y comunitarias)
 - b) que la expresión de esta corriente entre nosotros fue obstruida por una suerte de “vacío político” signado por la confrontación con las experiencias del nacionalismo popular (o con sus manifestaciones finales, en torno de una posible pérdida de valores o decadencia de dichas experiencias), a la vez que por una advocación “democrática” avalista del proceso de “modernización periférica” (o dependiente) que se abría con la nueva coyuntura internacional imperialista y sus manifestaciones ecuménicas de “desarrollismos marginales”
 - c) que la “ideología arquitectónica” no estuvo estrechamente unida a aquella supuesta expresión del campo intelectual precisamente por las limitaciones engendradas por la coyuntura histórica-política.
- 2) de lo anterior podemos concluir que las contradicciones entre la potencialidad emanada de los contenidos ideológicos de la corriente descripta del campo intelectual y las limitaciones de la ideología arquitectónica fruto, por así decirlo, de la coyuntura político-histórica, nos hacen sostener tanto, unas insuficiencias notorias en la experiencia (respecto de su potencialidad programática, incluso formulada en sus propios textos), cuanto su escasa gravitación en la conquista de hegemonía dentro del campo disciplinar.
 - 3) las posturas negativas de la “ideología arquitectónica” de las CB (anti-racionalismo, anti-industrialismo, anti-urbanismo, anti-profesionalismo, etc.) vendrían a expresar, en el devenir de la propia formación, cierta recepción de dichas contradicciones respecto del campo intelectual potencialmente nutrido de esta ideología.
 - 4) esa negatividad (que podrá ser, adaptativa, en ciertos casos o bien programática, como en quienes efectivamente desarrollaron nuevos paradigmas de prácticas: Caveri, Berretta, Pelli) es, por una parte, la conclusión que explicaría el “fracaso” disciplinar y la incapacidad de articular, institucionalmente, la potencialidad del campo intelectual al que adscribía y la teoría(o ideología de la arquitectura) de alcance limitado.

- 5) pero, a la vez, tal negatividad es la que confiere a esta resolución de las contradicciones entre el campo intelectual y formulación de una teoría de alcance limitado, su carácter específicamente crítico y su validez como teoría para la acción presente y futura.
- 6) esta validez, por así decir, con términos específicos de historicidad, agrupa en torno de dicha negatividad, otros factores que aunque sólo insinuados, contribuyen a fortalecer su valor deductible como teoría para la acción, a saber:
- a) la preocupación por trascender (o eludir) los mecanismo de un funcionamiento metalingüístico (que parece ser una condición del devenir histórico hegemonícamente disciplinar, como adaptación al proceso permanente de división del trabajo social y como recurso -final- de prescindencia disciplinar respecto del fenómeno del objeto arquitectónico como “mercancía”: la ingenua pretensión disciplinar pareciera ser, encontrar un “valor marginal” en la circulación interdisciplinar o metalingüística de los discursos institucionales) deducible en una variable, pero discernible, tendencia a aceptar y validar los circuitos de subculturación de la producción disciplinar (circuitos de articulación múltiples de prácticas “altas” y “bajas, incidencia en los estratos “medios” de la producción, tendencia a situar parte de la discursividad disciplinar en el desarrollo de escenarios “multi-mediales” o reducción del “protagonismo” del hecho arquitectónico puro en la construcción y consumo de los escenarios del habitar, etc.)
 - b) la resistencia al mecanismo indiscriminado y “natural” de las transculturaciones lingüísticas (o, a la pertenencia, disciplinariamente hiper-valorada, al cosmopolitismo eclectista de permanentes renovaciones de “modas” o referencias del mercado del “styling” internacional), resistencia encarnada no tanto en procesos apoyados en revalorizaciones “folk” sino más bien, en una tematización más compleja de la “apropiación de ajenidades” (en principio: reconociendo una “ajenidad” fragmentaria, de múltiples procesos de carácter regionalista). Hay una negatividad, sin duda, política y culturalmente eficaz, en un proyecto de conocimiento de “lo ajeno” construido fisurando las totalidades ideológicas o historiográficas, fragmentando los episodios hasta llevarlos a su confrontación con condiciones regionales de producción, y así, despojarlos de su “ejemplariedad” indiscriminada.
 - c) la voluntad de los protagonistas (expresada en el desarrollo de sus acciones prácticas) tendiente a multiplicar las variantes operatorias disciplinares, derivando en diversas modalidades de transformación de las prácticas “convencionales” y apertura de otras vías (desde las de la investigación y acción de servicio comunitario hasta las políticas).

30. Como vimos, un primer plano de análisis crítico estribaría en la verificación de contradicciones (o ausencia de correlaciones o concordancias explícitas) entre el campo intelectual (o sus potencialidades) y el desarrollo de un corpus teórico vinculado a la programación consciente

b) una elaboración de determinados rasgos seleccionados de la “modernidad” contemporánea, que viene leída como una fragmentaria multiplicación de episodios regionalistas opuestos a paradigmas abstractos y universales, como el funcionalismo. Esta operación de adscripción a tales corrientes, tiene, creemos, la precaución de reservar un derecho de las experiencias locales a situarse en condiciones equivalentes a otras muchas versiones del regionalismo citado: esto supone, los gérmenes de una formulación teórica desprovista de las “culpas” de imperfectas reproducciones de cánones internacionalistas que permanentemente había angustiado a nuestros “productores” (o reproductores) de cultura. Haber podido ubicar su artículo liminar en “Zodiac” expresaría esta “seguridad” teórica, a pesar que tal publicación (en un medio controlado por la Olivetti y su ideología entonces demo-cristiana progresista) probablemente obedezca más que a una valoración relevante del regionalismo arquitectónico, a una estrategia de representación de una (neo) internacional del social-cristiano entonces en auge.

c) una determinada conjunción de requisitos de “diversidad y complejidad” (pintoresquismo a la inglesa, subjetivismo pensado como motorizador de recepciones emotivas de los mensajes arquitectónicos, romanticismo como apelación a la subjetividad del productor y el consumidor del hecho arquitectónico) más o menos confrontados (o no resueltos) con otra vertiente teórica, más derivada quizás del contexto global o cosmovisión político-filosófica, apoyada en la pobreza, en la austeridad, en el más crudo minimalista lingüístico y la neutralidad de tecnologías simples y artesanales. Estos dos sistemas de ideas emergen como contradictorias entre sí, y abastecen, por así decirlo, vertientes bien diferenciadas de las operaciones concretas que analizamos como comúnmente adscriptas a una misma corriente de la CB. Podría aquí agregarse, que esta dualidad teórica puede vincularse con maneras diferentes de adscribir al soporte ideológico estratégico de la propuesta: es decir, puede confrontarse a los “social-cristiano” Ellis y Caveri/lenguajes pobres y austeros de Fátima-Urtizberea-Talar de Pacheco con los “liberales socialistas” compañeros de ruta Chute, Bidinost, Molinos, Erbin/lenguajes complejos, brutalistas, más “internacionales de las casas Lepre-Lapacó-Soldati-Wright, e incluso podría analizarse las diferencias entre la “ideología del

habitar” tan distantes sustentadas, por ejemplo, en la casa de Ellis en Pacheco respecto de la casa Wright⁷⁵.

d) sin embargo, al funcionamiento diversificado o contradictorio que pudo haber tenido la teoría de las CB a nivel programático (o sea como anticipación o prefiguración de las prácticas proyectuales) habría que oponer (e indagar sobre el “éxito”) de tal teoría como convalidoria o inclusivista de las diferentes posturas citadas (o sea, la función de la teoría como ordenadora “ex post” de las experiencias prácticas y así como preparatorias de prácticas ulteriores). Es decir, nos parece atinado preguntarnos por qué frente a tal diversidad de opciones y contradicciones implícitas en la teoría, estas agrupaciones deliberadas (la serie de publicaciones, la muestra “14 Casas Blancas”) fueron posibles?

e) es decir, parece haber habido una “virtud”, una capacidad de esta teoría en presentar como compatibles ciertas experiencias divergentes, haciéndolo bajo una cierta manera de adscribir (muy imperfectamente, por cierto) al campo intelectual fenomenologista / existencialista / personalista - comunitarista: la confrontación entre los comportamientos intelectuales de Iglesia y Bullrich podría dar cuenta de las diferencias entre los proyectos de producción de teoría en los primeros 60: uno en búsqueda de ciertas totalizaciones “militantes”, otro a la pesca de disoluciones de las experiencias con las variables y cosmopolitas posibilidades de un hacer práctico determinado por las oportunidades profesionales.

31. La cuestión de las “limitaciones” de estas experiencias están sin duda ligadas a la figuración de hipotéticos desarrollos de propuestas o bien, a la resolución eficaz de ciertas contradicciones: por ejemplo, en el primer caso, el desarrollo de un posicionamiento más protagónico en la pugna al interior del campo disciplinar, rápidamente abandonado creemos, en aras de una virtud des-profesionalización: en el segundo caso, resolviendo adecuadamente las tensiones que en el terreno del lenguaje, operaron entre postulados inclusivistas o directamente eclécticos y criterios ajustadamente minimalistas. De hecho, la historicidad misma de la experiencia y las motivaciones de los protagonistas le impusieron un “destino” no ajeno a la irresolución –al menos, movimientística de las citadas y otras contradicciones, sobre todo, aquella derivada de la dificultad de hacer converger aspectos del campo intelectual en sentido amplio con los de la coyuntura política, que sitúa la experiencia doblemente marginalizada, tanto de la continuidad del pensamiento y prácticas culturales populares cuanto de las formas introductorias de la modernización periférica de los años 60. Desubicada respecto de las tradiciones culturales y productivas de la década peronista, tampoco

⁷⁵ Más adelante, en el texto, señalaremos una variante adicional que entendemos significativas dentro de las expresiones de las CB: nos referimos a las situadas en ciertas investigaciones “sui generis” sobre el “existenz minimum”, sobre todo en trabajos de Berretta (trabajos como su propia pequeña casa de Acasusso y las investigaciones que se hacían en su taller de la FAU).

la experiencia de las CB, tiene la suficiente fuerza crítico-teórica para desmitificar el alienante proceso de recepción de las oleadas del discurso cultural imperialista modernizados. Hablar pues, de limitaciones o potencialidades no asumidas, supone el riesgo de absolutizar el juicio sobre la experiencia, exagerar las expectativas que desde la crítica pudiéramos asignarle, sobre todo por la conveniencia o exigencias de nuestro marco de teorías para la acción deducidas de nuestra propia historia: tal peligro existe, pero a la vez no puede negársele a la crítica la posibilidad de enunciar, de manera “extremista” o polarizada, los aspectos que, como vimos en diversos pasajes de este estudio, fueron suponiendo metas no alcanzadas o abandonadas, objetivos traicionados por la marcha de las acciones, contenidos no agotados del campo propositivo de la teoría propia o del campo intelectual que, aparentemente asumidos, no fueron empero llevados a sus consecuencias plenas en lo fáctico. Desde la perspectiva pues, de un alto nivel teórico de exigencia a las potencialidades encerradas en las proposiciones teóricas de esta propuesta, podríamos enunciar las siguientes cuestiones:

- circunscripción de la teoría y las prácticas a un determinado alcance: el desarrollo de una visión exageradamente individualizante (o personalizada) tendió a definir un marco reductivo del campo propositivo, evidente en la escala doméstica de propuestas prácticas, en las utopías regresivas y antiurbanas, contenidas en los postulados teóricos, en una tematización deliberadamente reductiva del universo teórico de la producción y consumo de los objetos arquitectónicos.
- apego a una formulación romántica vinculada con una visualización poco crítica de la realidad social, ya que trascendió el plano preceptivo en lo poético para afirmar un campo programático en lo socio-productivo: dado en lo suburbanismo, el comunitarismo de escala familiar, el anacronismo tecnológico.
- conceptualización de una caracterización de lo urbano francamente opuesta tanto a los procesos históricos de la fuerte industrialización y concentración demográfica de los años 30 en adelante, a la vez que respecto de la modernidad urbanística tardo-capitalista periférica de la OPRBA.
- manejo de una hipótesis respecto del habitar que no pudo (o no supo) trascender la escala de la vivienda familiar, logrando algunos resultados capaces de encarnar las proposiciones teóricas fundantes en muy pocas obras (por ejemplo, la casa Urtizberea y Ellis, que probablemente, por el carácter de sus propietarios y comitentes pudieron funcionar casi a la manera de manifiestos del encuadre comunitarista, al nivel del programa, la organización y la estética).

De todos modos, el tratamiento de la vivienda unifamiliar reconoce otras líneas de investigación:

Aquella que, por el lado de una renovación del lenguaje (las bóvedas, por ejemplo) no se desinteresaba en una investigación por así decirlo, neofuncionalista (casas Wright, Fernández, etc.).

Las que operaron con normativas crediticias, trabajando alrededor de ciertas exigencias limitativas (por ejemplo, las varias casas blancas hechas bajo la normativa del INPS).

Las propuestas que trabajaban el programa “ascético” de la estética casablanquista, a la vez que una intención de reelaborar la cuestión del “existenz minimum”, pero resuelto a nivel de viviendas no colectivas. Recuerdo, al respecto, la casa en que vivía Berreta alrededor de 1974 (una casa en el parque Aguirre de Acasusso, que no encontré registrada en ninguna publicación) que era como un “trailer” de unos 45 m cuadrados, muy ingeniosa en su “funcionalidad”. (En el taller Berreta, ese mismo año, existía casi veneración por las casas corbusieras “maquinistas”: desde las casas metálicas en Lagny a las obras “flexibles” de Weissenhof: pero también, de la cabaña de Cap Martín y la casa Fueter, ambas de 1950).

Sin embargo, al hablar de “limitaciones”, lo que más resalta por una parte, la concepción egoísta en que parecen recaer ciertas propuestas (como el “home castle” –así designada por Iglesia- configurado por la casa Moore, del Caveri inserto ya en su comunidad de Moreno), y por otra, la ausencia de formulaciones estrictamente comunitaristas, como las “comunidades” de F. Castillo, en Chile, de varios años después⁷⁶.

un trabajo no exhaustivo sobre el programa tecnológico, reducido, a mi entender, a ciertas regresiones no desarrolladas (como las mallas de ferrocemento en Caveri) o un uso demasiado vinculado a la reedición de resultados formales “masivos” con el ladrillo y los revestimientos “gruesos”⁷⁷. Inclusive, los propios comentarios de los protagonistas, el trabajo tecnológico y una demanda de alta inversión artesanal en los productos, se habría convertido en una contradicción insalvable respecto de los postulados minimalistas que sostenían ciertos principios teóricos desarrollados y, en esas irresoluciones, tergiversados.

32. Esta última nota de este ensayo procura concluir con algunos comentarios acerca del “legado” de la experiencia de las CB, esto es, con su contribución más o menos efectiva, al desarrollo de algunas líneas de acción que, deducidas de los hechos y su historicidad, se puedan entender como elementos de una teoría vigente, es decir, proyectadas hacia el futuro de aquellos hechos.

⁷⁶ C/R: ver el artículo de H. Eliash, “La arquitectura de Fernando Castillo, en la revista CA, Santiago de Chile, número 36, diciembre de 1983, p. 3.

⁷⁷ El Texto firmado por C. Iglesias Molli “Una oportuna reacomodación de valores”, publicado en NA 414, mayo de 1964, p. 23, analiza la formulación tecnológica de las CB a la vez que señala ciertas sofisticaciones que “más que aceptación es desvirtuación”.

Es evidente que, del desarrollo hasta aquí hecho, quedan a nuestro parecer, claras ciertas contribuciones así como contradicciones y limitaciones del propio proyecto, y en suma, un cierto legado que parece relativamente vigente en toda una gama amplia y pluralista de experiencias actuales que, sobre todo al nivel del lenguaje, recogen indudables impactos en la sustanciación de esta experiencia de nuestra historia disciplinar: así múltiples trabajos de un conjunto grande de proyectistas que han continuado en estos años sus trabajos (que enunciarnos muy incompletamente: Testa, Puppo, J. A. Díaz, Bromberg, Faivre, Pasinato, Viarengi, Hampton, Rivoira, Sábato, Sorondo, Moscato, Schere, Llauró, Molina, Cederrón, Livingston, Levinton, Mackintosh, Morello, Mariasch, Minond, Net, Sacriste, Miguens, Maestripieri, etc.) creemos que, al menos, han tenido sus desarrollos con vistas a los episodios inaugurados con este movimiento y que, junto a algunos otros antes mencionados, pueden engrosar el campo de las contribuciones afectadas por la crisis de la modernidad racionalista y preocupadas por una situacionalidad cultural que, partiendo del problema de nuestra difusa regionalidad (adversa frente a tanto cosmopolitismo de nuestra historia intelectual) acepte insertarse en la dimensión americana del quehacer disciplinar.

Así, los elementos que deseamos consignar de ese posible legado de esta imperfecta experiencia, son incluso, superado, el auto-reconocimiento que pudieran haber tenido sus protagonistas principales, los siguientes:

a) en cuanto al desarrollo teórico, la sustancial aportación de construir una postura situada, un pensamiento negativamente crítico del racionalismo moderno y tardo-moderno y una concepción tributaria de las enriquecedoras posturas derivadas de las múltiples reacciones políticas y filosóficas comunitaristas, neo-socialistas, utopistas, nacionalistas-populistas, fenomenologistas, existencialistas: acogerse pues, a una lectura diferencial de la modernidad cosmopolita capaz de revalidar el derecho a una cosmovisión regional, no por ello, descomprometida críticamente, con la marcha del mundo con la homogeneidad creciente de una modernización dependiente omnicompreensiva e injusta.

b) en cuanto al desarrollo práctico, en el específico campo disciplinar, lo valorable, a nuestro juicio es:

- el hacerse cargo, incipientemente, de la articulación de las prácticas “altas” y “bajas”, la acción con vistas a la complejidad de las múltiples subculturas.
- el exaltar la posibilidad de participar, contra el formalismo frívolo en los verdaderos fenómegeo-culturales, revalorando la capacidad crítica del accionar arquitectónico “alto” y no aceptando la merma de tal protagonismo a las meras posibilidades de la ironía o el silencio.

- el desarrollo de conductas individuales en algunos protagonistas, capaces de esgrimir gestos de renuncia frente a la mercantilización creciente del ejercicio disciplinar y su pérdida de responsabilidad cultural y de protagonismo socio-productivo.
- c) la posibilidad de configurar una postura frente a los procesos de división y transformación de la división del trabajo profesional y social, encarnada en el “destino” operacional de algunos de los protagonistas pero también implícita en los contenidos teórico-ideológicos de la experiencia que pudieron instrumentar procesos legítimos de subculturación y consumos diversificados, no meramente dependiente de condiciones extremas de mercantilización de los productos.
- d) la reelaboración del discurso socio-cultural, avizorando o comenzando a experimentar con propuestas en la antropología del habitar, que aunque limitadas abrieron un cierto cauce crítico a la reflexión sobre la reproducción tipologista puramente materializada en el nivel de los invariantes formales.
- e) los aportes, también imperfectos o limitados, a transformaciones a nivel productivo, prefigurando alternativas al nivel de la participación, la asistencia a la autoconstrucción, la multiformidad de las estrategias del hábitat popular, etc.
- f) los cambios en el lenguaje, como un nivel no sólo basado en una elaboración resistente al cosmopolitismo universalista, sino en el sentido de desarrollar, desde lo local propio, una posible inserción inductiva en lo universal ajeno.